

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



El sacramento de
la Penitencia

La pérdida de
conciencia
de pecado

La misericordia
en el padre Pío
de Pietrelcina

San Leopoldo
Mandic, mártir del
confesionario

Centenario de
la muerte de
Torras i Bages

«VOLVERÉ A LA CASA DE MI PADRE»



«Regreso del hijo pródigo» de Murillo

«Aunque culpable, yo iré donde mi padre.» ¿De dónde le viene esta esperanza, esta confianza? Le viene por el hecho mismo de que se trata de su padre. «He perdido mi condición de hijo; pero el padre no ha perdido su condición de padre».

Año LXXIII- Núm. 1017
Abril 2016

SAN PEDRO CRISÓLOGO, sermón
«No ha perdido su condición de padre»

Sumario

«Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos (Lam 5,21)» <i>Lucas Pablo Prieto, HNSSC</i>	3
El Cura de Ars: el amor del Corazón de Jesús a través del sacerdocio <i>Miguel Larrambebere Zabala</i>	7
Discurso del Santo Padre a los participantes en el curso organizado por la Penitenciaría Apostólica <i>Francisco</i>	11
La misericordia en el Padre Pío de Pietrelcina <i>Javier Pueyo, HNSSC</i>	13
San Leopoldo Mandic, mártir del confesionario	18
La pérdida de conciencia de pecado en nuestra sociedad <i>Juan Antonio Reig Pla</i>	24
«Me confieso sólo con Dios». No vale <i>Juan Antonio Mateo</i>	25
La misericordia divina en los escritos de Torras i Bages <i>Miquel Bordas Prószyński</i>	26
Antiguo Testamento (IV): la Pascua, una nueva alianza <i>Gerardo Manresa</i>	30
Nuevo Testamento: el buen samaritano <i>San Severo de Antioquía</i>	31
Cristo de las Misericordias de Sevilla <i>Juan María Pérez-Mosso</i>	32
Santa Juana Jornet e Ibars y las Hermanitas de los Ancianos Desamparados <i>Luis Cuesta</i>	34
María merece la confianza de todos los pecadores <i>San Alfonso M^a de Ligorio</i>	36
Carlos de Foucauld: «Todo ha sido obra tuya, Señor» <i>Fernando Pueyo Toquero</i>	38
«Dios no se cansa nunca de manifestar misericordia» <i>Francisco</i>	39
Quinto aniversario de la guerra de Siria: la Iglesia no abandona a su pueblo <i>Josué Villalón (AIN)</i>	40

EN este año jubilar hemos podido escuchar repetidamente como el papa Francisco insistía en sus catequesis en que una de las prioridades pastorales que tiene hoy día la Iglesia es la vuelta a la práctica del sacramento de la Penitencia. Sin duda ello responde no sólo a la permanente importancia que en la vida cristiana tiene la práctica asidua de este sacramento, sino también al hecho de haber sido tan frecuentemente olvidado en estos últimos tiempos. La explicación de esta triste realidad se encuentra en determinadas formas de vivir y pensar muy extendidas en el mundo moderno. La raíz última es siempre una crisis profunda de fe en un Dios de misericordia infinita. Esta crisis de fe se refleja especialmente en diversos aspectos relacionados entre sí. En primer lugar, lo que declaraba Pío XII :«el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado». Si no hay conciencia de pecado tampoco puede haberla de la necesidad de perdón. Pero aunque no se reconozca el pecado sin embargo se experimentan sus dolorosas y muy frecuentemente trágicas consecuencias. Sin posibilidad de perdón se intenta justificar el mal, no reconociéndolo como tal, e incluso creando la falsa conciencia de que es un bien, pero esta falsificación de la conciencia unida a la convicción de la imposibilidad de ser perdonado es el origen de esta falta de esperanza tan característica de los tiempos actuales.

Son muchos los factores que han dado lugar a esta pérdida del sentido del pecado, concepciones antropológicas negadoras de la libertad humana, relativismo ético, desconocimiento del bien que encierra el cumplimiento de la norma y de un modo especial el orgullo del hombre actual, que no quiere reconocer la necesidad de ser perdonado por el mal realizado. Por eso el papa nos recuerda esta gran verdad: Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón.

Dios, que cuida tan misericordiosamente de sus hijos ha suscitado en su Iglesia justamente en estas circunstancias santos confesores que, siguiendo la huella del santo Cura de Ars han practicado el ministerio de este sacramento de la Reconciliación con total entrega de su vida, siendo instrumentos de Dios para que millares de fieles experimenten en sus vidas la misericordia del Señor. En este número hemos querido recordar, además del gran santo Cura de Ars, los dos grandes santos confesores del siglo XX: El padre Pío de Pietrelcina y san Leopoldo Mandic. Se les puede considerar como mártires de este ministerio, no ahorraron tiempo ni sacrificios para poder atender a las innumerables muchedumbres que acudían a sus confesionarios atraídos por la necesidad de recibir el perdón de Dios.

En estos últimos años se ha experimentado en la Iglesia una renovada práctica de la Adoración eucarística. Confiamos que este año jubilar contribuya también a que ocurra algo semejante con el sacramento de la reconciliación, este es el llamamiento del Papa: «Volvamos a poner en el centro –y no sólo en este Año jubilar– el sacramento de la Reconciliación, verdadero espacio del Espíritu en el cual todos, confesores y penitentes, podemos experimentar el único amor definitivo y fiel, el amor de Dios por cada uno de sus hijos, un amor que no decepciona jamás».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración: 93 317 47 33
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

«Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos (Lam 5,21)»

LUCAS PABLO PRIETO, HNSSC

La necesidad de la Penitencia



En el prefacio de la misa del Sagrado Corazón podemos leer: «(Cristo), con amor admirable, se entregó a nosotros, elevado sobre la cruz hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre los sacramentos de la Iglesia, para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de las fuentes de la salvación». Este texto nos permite comprender que los sacramentos de la Iglesia son como una prolongación de la acción salvadora de Cristo mediante los cuales somos introducidos en el misterio de su vida divina: acercarse a los sacramentos es acercarse al corazón traspasado de nuestro Redentor para ahí encontrar las gracias que nos conducirán al Cielo.

Ahora bien, esta gracia de Cristo se nos da de diversos modos según las diversas necesidades de la vida de los hombres. Por eso, cada uno de los siete sacramentos (signos sensibles que causan aquello que significan) ocupa un lugar propio e irrepetible dentro del desenvolvimiento de la vida sobrenatural de la gracia. Así, por ejemplo, la puerta de entrada ineludible es el Bautismo por el que somos hechos hijos de Dios; la Eucaristía, el sacramento por el cual nos alimentamos y recibimos la fuerza de Dios para mantenernos en su servicio.

También el sacramento de la Penitencia responde a una situación particular de aquellos que se encuentran todavía en vías de salvación. En efecto, como dice santo Tomás: «(los sacramentos de iniciación) serían suficientes para el hombre si él poseyera una vida espiritual y corporal impasible, pero como el hombre incurre de vez en cuando en una enfermedad, espiritual o corporal, es necesario que exista para el hombre algún remedio contra tal enfermedad, (que consiste en) la misma sanación que restituye la salud, y que en la vida espiritual corresponde al sacramento de la Penitencia, según aquello del salmo 40, 5: *sana mi alma, porque he pecado contra ti*» (S.Th. III q. 65 a.1 c).

Es verdad que el sacramento del Bautismo borra en nosotros toda mancha de pecado, pero dada

nuestra condición actual (herida por la caída original), esa gracia recibida no garantiza la impecabilidad a lo largo de la vida. De hecho, y la Iglesia muy pronto se dio cuenta de ello, el pecado existe también entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Por eso el Señor, por la sobreabundancia de su amor, instituyó este sacramento de misericordia como una segunda tabla de salvación para que el hombre pecador no quedara irremediadamente herido y lejos de la amistad de Dios.

Conversión a Dios o conversión a la criatura

PERO para comprender bien la naturaleza de este sacramento, conviene conocer antes la enfermedad de la que es remedio. A diferencia del Bautismo, que borra en nosotros el pecado original, la Penitencia propiamente es un remedio contra los pecados mortales y veniales que el hombre pueda haber cometido después del bautismo (y en este sentido será un sacramento necesario para todos aquellos que por sus actos hayan perdido la gracia bautismal; cf. S.Th. III q. 84 a. 5-6). Esto nos exige preguntarnos por el pecado y por la necesidad de un auxilio divino para salir de él.

Lo primero que hay que tener claro es que, como ya afirmó san Agustín, el mal (en sentido genérico,

El Señor, por la sobreabundancia de su amor, instituyó este sacramento de misericordia como una segunda tabla de salvación para que el hombre pecador no quedara irremediadamente herido y lejos de la amistad de Dios.

es decir, tanto el mal físico como el mal moral) no es algo, sino la carencia de algo, o en otras palabras, el mal no es sino la privación de un bien debido. Así por ejemplo, no es un mal que el árbol no vea, pero sí es un mal para el hombre ser ciego (cf. *De Malo* q.1 a.1 c et ad1). A nivel moral, por tanto, una acción será mala cuando se aparte del orden debido, lo cual significa que su maldad deriva del hecho de que no nos conduce al fin para el cual hemos sido creados (y es importante recordar esto, porque así

descubrimos que las acciones intrínsecamente malas –v.gr., adulterio, robo, asesinato–, no son malas porque alguien arbitrariamente lo ha decidido, sino porque jamás pueden cooperar al crecimiento moral de la persona). El pecado, por decirlo de alguna manera, es un vaciamiento de la persona, porque en cada acto malo el hombre se va privando del bien que podía y debía alcanzar.

Y esto se produce siempre porque se ama desordenadamente un bien creado. La gula, por poner otro ejemplo, es un pecado porque consiste en amar de tal modo la comida, que ésta nos impide obrar conforme

La Penitencia consiste formalmente en la gracia de reorientar nuevamente la vida a Dios por una transformación interior fruto de la misericordia divina.

a la razón. Pero este amor desordenado supone algo mucho más grave que es el desprecio del Creador. En efecto, la conversión a las criaturas implica una aversión a Dios, porque se prefiere un bien finito contra el orden que ha puesto el Bien absoluto. Estos dos elementos siempre están presentes en todo pecado. No debemos olvidar este «conflicto» de conversiones y aversiones, pues si por el pecado quedamos volcados a las criaturas, el remedio proporcionado a este desorden consistirá en reorientarnos a Dios.

El problema reside en que esa vuelta está más allá de nuestras fuerzas y capacidades. Podemos apartarnos de Dios, pero ser acogidos nuevamente en su seno está más allá de nuestras fuerzas. Y aquí encuentra su razón de ser la Penitencia: ella consiste en la gracia que Dios da al pecador para que su vida vuelva nuevamente a estar orientada hacia Él. Pero esta re-conversión a Dios no se realiza de modo ordinario como un acto simple e individual, toda vez que el mismo Señor dejó encomendado a su Iglesia el poder «atar y desatar». Conviene entonces que veamos ahora la estructura misma del sacramento para descubrir cómo se realiza la remisión de los pecados.

La Penitencia y los actos del penitente

Lo primero que debemos analizar es el sacramento en sí mismo como un signo que puede causar una gracia interior. Este sacramento tiene una estructura significativa particular porque se realiza a modo de juicio en el que el sacerdote pronuncia una sentencia de remisión o de reten-

ción de los pecados del penitente (cf. DH 1679). Sin embargo, nos equivocáramos si concibiéramos dicha absolución como un acto puramente extrínseco en el que se declara al pecador «libre de castigo». Una tal perspectiva restrictivamente judicial sería insuficiente para dar razón completa de lo que ocurre en el sacramento. Es verdad que el acto a modo de juicio absolutorio del sacerdote constituye la forma que confiere el significado a la penitencia sacramental, pero reducirla a un elemento exterior olvidaría algo nuclear de la Penitencia que consiste en la transformación interior del mismo sujeto. «Un

acto nuevo de Dios, un cambio de actitud de Dios con respecto a la criatura no podría concebirse sin un cambio en la criatura misma, causado por dicho acto y especificado por él (...). Es necesario concebir la remisión de los pecados como un acto libre de Dios en favor de los hombres, acto que produce además

un cambio real en ellos» (J.-H. Nicolas, *Synthèse dogmatique. De la Trinité à la Trinité*, 1038).

En esto, podríamos decir, consiste formalmente la Penitencia: en la gracia de reorientar nuevamente la vida a Dios por una transformación interior fruto de la misericordia divina. No olvidemos que el pecado no es simplemente un acto desordenado, sino que como acto malo pone al pecador en un estado de distancia respecto a Dios, y por eso el perdón supone también una reorientación interior. Esta conversión a Dios es ante todo un acto interior, pero ella debe manifestarse también en actos exteriores, pues somos una realidad *una* compuesta de cuerpo y alma (cf. GS 14; CEC 362-368). Esto nos lleva a preguntarnos por los actos del penitente que para santo Tomás constituyen como la materia del sacramento de la reconciliación.

En primer lugar, y como dando sentido a los otros actos del penitente, tenemos el dolor de los pecados y su detestación. Y luego, como manifestación de aquella repulsa interior, tenemos la confesión de los mismos y la satisfacción por ellos, es decir, la expiación de las penas temporales que quedan después de perdonada la culpa y que, como dice también el Concilio tridentino, siempre se hace por medio de Cristo. Dicho dolor de los pecados está motivado no por las consecuencias negativas que pueda acarrear o porque en algo disminuya al sujeto, sino por el mal en sí mismo que significa todo pecado: es decir, se odia el pecado porque es un mal que se opone a Dios. Esto fue definido en Trento como contrición perfecta, y que implica en consecuencia una detestación no sólo del pecado, sino también del estado de pecado en que se encon-



El papa Francisco confesándose

traba el sujeto, y ello porque mira primeramente a Dios como su propio bien.

Ahora bien, este dolor y detestación supone una conversión a Dios, pero por otra parte es condición para impetrar el perdón de los pecados, pues sólo quien está arrepentido puede ser absuelto. Aquí, entonces, surge una pregunta: ¿no habíamos establecido que esta conversión a Dios era efecto de la confesión?, ¿cómo pues, la contrición puede ser a la vez condición y efecto? Santo Tomás podría plantarse el dilema en los siguientes términos: sin la contrición la confesión no puede perdonar los pecados, con la contrición la confesión es inútil, porque ella supone ya su remisión (cf. *In IV Sent* d.17 q.2 a.1; III q.90 a.2 ad1). Su respuesta es clara y sencilla: es verdad que la contrición perfecta, que siempre es una gracia, reconcilia con Dios, pero si es verdadera contrición, siempre conlleva *el deseo del sacramento que en ella se incluye* (DH 1677), lo cual supone la necesidad de confesarse si existe la posibilidad de hacerlo. Pero aquí aparece un segundo problema: no es posible una contrición que prescindiera del sacramento de la Penitencia (al menos *in voto*), pero es posible (y la experiencia lo muestra largamente) la celebración del sacramento sin una verdadera contrición, es decir, sin una conversión

plena a Dios motivada por la caridad. Es el caso de una confesión movida por un dolor imperfecto de los pecados (atrición), dolor que es insuficiente para alcanzar el perdón. Pero también los principios de santo Tomás nos ayudan a encontrar una solución. Si hemos establecido que lo central de la Penitencia era esa reorientación total de la vida a Dios, para el Doctor Común ella es el efecto de la gracia que se produce en el penitente por la acción ministerial del sacerdote, de tal manera que por la confesión el atrito se vuelve contrito.

La gracia y la reconciliación con la Iglesia

Es preciso ahora tratar de modo más concreto acerca de en qué consiste el efecto propio de este sacramento (*res tantum*), que como nos dice la fe es la reconciliación con Dios, que es no sólo el perdón de los pecados, sino la infusión de la gracia santificante en el alma. Este perdón implica, por tanto, la remisión de la culpa (la ofensa contra Dios) y también de la pena eterna (el castigo merecido por el pecado), pero no necesariamente la remisión de la pena temporal debida a ellos (consecuencias o desorden). Esto se debe no a una limitación

de la misericordia divina que siempre obra según su infinitud, sino a la limitación del sujeto que recibe la gracia divina que por su imperfección impide su plena manifestación o realización, la cual debe ir progresivamente transformando al sujeto.

Hay por último un aspecto de la Penitencia que no hemos considerado: su dimensión eclesial. Dice el Concilio Vaticano II: «Los que se acercan al sacra-

El pecado nunca es un acto puramente individual, sino que siempre repercute en la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo.

mento de la Penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra Él y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que ofendieron con sus pecados» (LG 11). En efecto, el pecado nunca es un acto puramente individual, sino que siempre repercute en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo: el hombre al pecar no sólo ofende a Dios, sino que se aparta por su pecado de esta sociedad sobrenatural (se distancia sin dejarla formalmente, como podría ocurrir en caso de cisma o herejía). Por

eso la confesión no sólo nos devuelve la amistad con Dios, sino que también nos reconcilia con la Iglesia.

Con este último elemento ya podemos ver cómo la confesión es un sacramento que pone nuevamente al penitente en aquel estado de armonía que por el pecado había perdido: en primer lugar porque recupera la amistad con Dios y participa nuevamente de su naturaleza divina, en segundo lugar porque se

integra nuevamente en la Iglesia para participar plenamente de su vida sacramental, y por ello puede también ir disponiendo su vida de modo que más fácilmente pueda tender al Cielo. Como escribió san Juan Pablo II, «hay que añadir que la reconciliación

con Dios tiene como consecuencia, por así decir, otras reconciliaciones que reparan las rupturas causadas por el pecado: el penitente perdonado se reconcilia consigo mismo en el fondo más íntimo de su propio ser, en el que recupera la propia verdad interior; se reconcilia con los hermanos, agredidos y lesionados por él de algún modo; se reconcilia con la Iglesia, se reconcilia con toda la creación» (RP 31). Esta es, en el fondo, la gracia que pedimos en el sacramento: «conviértenos hacia ti, Señor, y nos convertiremos».

«El comienzo de las obras buenas es la confesión de las obras malas»

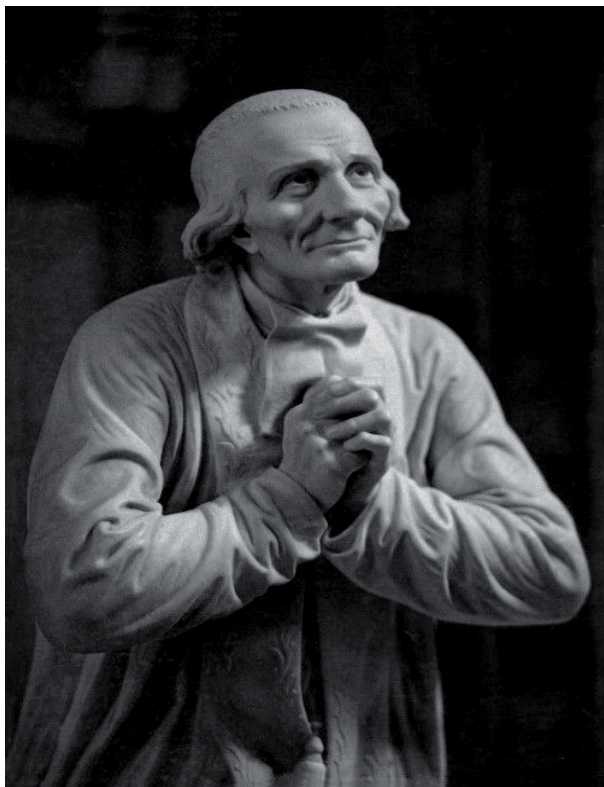
El que confiesa sus pecados actúa ya con Dios. Dios acusa tus pecados: si tú también te acusas, te unes a Dios. El hombre y el pecador son, por así decirlo, dos realidades: cuando oyes hablar del hombre, es Dios quien lo ha hecho; cuando oyes hablar del pecador, es el hombre mismo quien lo ha hecho. Destruye lo que tú has hecho para que Dios salve lo que Él ha hecho...

Cuando comienzas a detestar lo que has hecho, entonces tus obras buenas comienzan, porque reconoces tus obras malas. El comienzo de las obras buenas es la confesión de las obras malas. Haces la verdad y vienes a la Luz.

SAN AGUSTÍN: *Tratado sobre el evangelio de san Juan*, 12,13

El Cura de Ars: el amor del Corazón de Jesús a través del sacerdocio

MIGUEL LARRAMBEHERE ZABALA



San Juan María Vianney (1786-1859)



EN nuestra época la Iglesia nos urge a los sacerdotes a redescubrir el sacramento de la Reconciliación tanto en calidad de penitentes como en calidad de ministros. Como ovejas del rebaño de Cristo somos llamados, junto con todos nuestros hermanos los bautizados, a reconocernos humilde y sinceramente necesitados del sacramento y los primeros destinatarios de la misericordia que hemos de administrar en beneficio del Pueblo de Dios. Como pastores del rebaño se nos empuja a ejercer con generosidad nuestro encargo de «siervos y a la vez administradores prudentes de la divina misericordia»¹ y, por lo tanto, a ofrecer insistentemente el sacramento de la Penitencia: «Se ha de poner sumo interés en la pastoral de este sa-

cramento de la Iglesia, fuente de reconciliación, de paz y alegría para todos nosotros, necesitados de la misericordia del Señor y de la curación de las heridas del pecado. (...) El obispo ha de recordar a todos los que por oficio tienen cura de almas el deber de brindar a los fieles la oportunidad de acudir a la confesión individual. Y se cuidará de verificar que se den a los fieles las máximas facilidades para poder confesarse»².

Esta apertura ilimitada del Corazón de Dios a los hombres, esta oferta permanente de perdón y amistad, debe hacerse visible y tangible. De ahí que sea «preciso volver al confesionario, como lugar en el cual celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que habitar más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía»³.

También para conjurar en el apostolado la tentación del naturalismo y el activismo, que nos acecha de mil maneras distintas, a veces muy sutiles, necesitamos recordar que «la fecundidad apostólica proviene de la misericordia de Dios» y que, en consecuencia, «los planes pastorales son escasamente eficaces si se subestima la práctica sacramental de la Penitencia»⁴. Y es que el ejercicio de este ministerio es siempre una prioridad pastoral, «en cuanto es vivir la caridad del Buen Pastor»⁵. En este sentido conviene repetir, como ha hecho el papa Francisco al convocar el Jubileo de la Misericordia, que «la primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo» y que hemos de poner «convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia»⁶.

Entre los muchos sacerdotes que han hecho de estas convicciones el principio y fundamento de su

1. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual: ministro de la misericordia divina* (2011), presentación.

2. JUAN PABLO II, exhortación apostólica postsinodal *Pastores Gregis* (16 de octubre de 2003), 39.

3. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el XXI Curso sobre el fuero interno, organizado por la Penitenciaría Apostólica* (11 de marzo de 2010).

4. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual*, 18.

5. *Idem*, 22.

6. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* (2015), 12 y 17.

ministerio pastoral, destaca san Juan María Vianney (1786-1859). De hecho, «es sin duda alguna su incansable entrega al sacramento de la Penitencia lo que ha puesto de manifiesto el carisma principal del Cura de Ars y le ha dado justamente su fama»⁷. Espiguemos ahora algunos rasgos más sobresalientes de su dedicación a los fieles en el tribunal del perdón de Dios.

Confianza ilimitada en el don del sacerdocio y especialmente en el sacramento de la Penitencia

A los sacerdotes de nuestro tiempo, abrumados a veces por las dificultades, nos viene muy bien tener presente que nuestro patrono san Juan María Vianney también se encontró con un ambiente endurecido. Cuando el obispo diocesano lo envió a Ars, un pueblo de 230 vecinos donde Vianney pasaría más de cuarenta años, le advirtió: «No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá». La sociedad francesa había sufrido el terremoto de la Revolución, que había dejado también su impronta en Ars, muy enfriado en la práctica religiosa.

El nuevo párroco se dispuso a la tarea con espíritu sobrenatural de confianza en Dios, abnegación e inagotable paciencia. «Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida» fue su oración⁸. En este camino era consciente de que «las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el *alto precio* de la redención»⁹. Su plena identificación con el sacerdocio y con el sacrificio de la Cruz «lo llevaba –con una sola moción interior– del altar al confesionario»¹⁰. Fervoroso en la celebración de la Eucaristía y en su oración ante el sagrario, fiel en la atención directa a sus parroquianos, destacó por estar permanentemente disponible en la sede de la misericordia, donde llegó a pasar

hasta dieciséis horas diarias, «verdadero martirio físico y moral»¹¹. Pudo así comprobar que «donde hay un confesor disponible, antes o después llega un penitente; y donde persevera, incluso de manera obstinada, la disponibilidad del confesor, ¡llegarán muchos penitentes!»¹². Se calcula que hacia el final de su vida el número anual de los peregrinos que llegaban a Ars alcanzaba la cifra de ochenta mil.

Dolor y reparación por los pecados

La mayor desgracia para nosotros los párrocos –deploraba el santo– es que el alma se endurezca; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas. Dominaba su cuerpo con vigiliat y ayunos para evitar que opusiera resistencia a su alma sacerdotal. Y se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la

expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote le explicaba: «Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos»¹³. Y es que «el Cura de Ars no vivía sino para los pobres pecadores, como él decía, con la esperanza de verlos convertirse

y llorar. (...) Y todo esto porque bien conocía él por la práctica del confesionario toda la malicia del pecado y sus ruinas espantosas en el mundo de las almas»¹⁴.

Este celo le llevaba a buscar siempre la verdad en sus diálogos con los penitentes: «No andaba con cumplidos: colocado por su fe muy por encima de todo respeto humano y esperándolo todo de Dios, sabía, cuando era del caso, decir a los hombres, fuese cual fuese su condición: ¡Tal cosa no está permitida! ¡Cuántas conciencias, heridas con la espada de su palabra, dejaron escapar todo el virus oculto que las envenenaba!»¹⁵.

Se calcula que hacia el final de su vida el número anual de los peregrinos que llegaban a Ars alcanzaba la cifra de ochenta mil.

7. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo* (1986), 7.

8. Bernard NODET, *Le Curé d'Ars: sa pensée, son cœur*, éd. Xavier Mappus, Paris 1966, p. 183.

9. BENEDICTO XVI, *Carta de convocatoria del Año Sacerdotal con ocasión del ciento cincuenta aniversario del dies natalis del santo Cura de Ars* (2009).

10. BENEDICTO XVI, *Carta de convocatoria del Año Sacerdotal* (2009).

11. JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia* (1959), 24.

12. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual*, presentación.

13. BENEDICTO XVI, *Carta de convocatoria del Año Sacerdotal* (2009).

14. JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia* (1959), 29.

15. Cf. Francis TROCHU, *El Cura de Ars*, Palabra, Madrid 1996 (9ª ed.), p. 346.

Primacía absoluta de la gracia y de la misericordia, encarnadas en Jesucristo

EN todas las facetas de su quehacer sacerdotal el celoso párroco quiso comunicar a los feligreses de Ars una realidad muy consoladora, que constituye el núcleo del Evangelio, siempre nuevo y sorprendente: la primacía y gratuidad de la misericordia entrañable de Dios, que se compadece de la miseria humana y sale al encuentro del hombre pecador. Esta iniciativa divina la expresaba el cura Vianney con hermosísimas imágenes inspiradas en la revelación bíblica y en la contemplación amorosa de la persona de Jesús, el Buen Pastor, «rostro de la misericordia del Padre»¹⁶:

- «Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes».

- «No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él».

- «En el sacramento de la Penitencia Dios parece olvidar su justicia para no manifestarnos sino su misericordia».

- «¡Que bondad la de Dios! Su Corazón es un océano de misericordia; por muy grandes pecadores que podamos llegar a ser, no desesperemos jamás de nuestra salvación. ¡Es tan fácil salvarse!».

- «No se hablará más de los pecados perdonados. Han sido borrados, ya no existen».

- «Nuestro Señor es en la tierra como una madre que lleva a su niño en brazos. Este niño es malo, da patadas a su madre, la muerde, la araña, pero la madre no hace ningún caso; sabe que si cede, el niño cae porque no puede caminar solo. Así es Nuestro Señor; soporta todos nuestros malos tratos, todas nuestras arrogancias, nos perdona todas nuestras tonterías, tiene piedad de nosotros a pesar de nosotros mismos».

- Y ponía en boca de Jesús estas palabras: «Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita»¹⁷.

En la aplicación de estos principios a la labor del confesionario san Juan María Vianney hubo de recorrer un camino interior que le llevó desde un cierto rigorismo inicial, fruto de los resabios jansenistas asimilados en sus años de formación en el

Seminario Mayor de Lyon, hasta la benignidad pastoral. Para este itinerario se apoyó en su propia experiencia como confesor, en el ejemplo de algunos compañeros sacerdotes y, fundamentalmente, en el descubrimiento de la doctrina del gran misionero del pueblo y maestro de confesores san Alfonso María de Liguorio. Y es que por aquellos años se estaba dando a conocer en Francia su *Teología moral* gracias a Mons. Gousset, arzobispo de Reims,

que se había consagrado en cuerpo y alma a difundir las tesis de Liguorio y a la defensa de los derechos de la Santa Sede¹⁸. Años más tarde el decreto por el que se declaraba a san Alfonso doctor de la Iglesia diría significativamente: «Ahuyentó e hizo desaparecer los errores ampliamente esparcidos por la impiedad y el jansenismo (...). Cuando las doctrinas jansenistas envolvían a muchos en los engaños del error fue san Alfonso de Liguorio el que se esforzó por arrancarlas

de raíz y exterminar de la heredad del Señor esta peste salida del Infierno»¹⁹. La parroquia de Ars y los peregrinos que allí acudían fueron, pues, privilegiados beneficiarios de este saludable movimiento teológico y pastoral que tuvo en el gran santo napolitano uno de sus grandes impulsores.

Respuesta a la situación concreta de cada persona

EL Cura de Ars nunca dejó de considerarse un pobre instrumento en manos de Dios, pero ciertamente consiguió cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque recibió el don de abrirles al horizonte del amor misericordioso del Señor en sus circunstancias concretas.

En efecto, «se comportaba de manera diferente con cada penitente. Quien se acercaba a su confesionario con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios, encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el torrente de la divina misericordia que arrastra todo con su fuerza. Y si alguno

18. Cf. Francis TROCHU, *El Cura de Ars*, p. 352-353; JUAN PABLO II, *Discurso al Consejo General de los Redentoristas* (8 de febrero de 1992), 2.

19. Pío IX, carta apostólica *Qui Ecclesiae suae* (7 de julio de 1871).

16. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* (2015), 1.

17. Citas tomadas de NODET, p. 128, 129, 131.

estaba afligido por su debilidad e inconstancia, con miedo a futuras recaídas, el Cura de Ars le revelaba el secreto de Dios con una expresión de una belleza conmovedora: El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro, con tal de perdonarnos! A quien, en cambio, se acusaba de manera fría y casi indolente, le mostraba, con sus propias lágrimas, la evidencia seria y dolorosa de lo abominable de su actitud: Lloro porque vosotros no lloráis, decía. Si el Señor no fuese tan bueno... pero lo es. Hay que ser un bárbaro para comportarse de esta manera ante un Padre tan bueno. Provocaba el arrepentimiento en el corazón de los tibios, obligándoles a ver con sus propios ojos el sufrimiento de Dios por los pecados como encarnado en el rostro del sacerdote que los confesaba. Si alguno manifestaba deseos y actitudes de una vida espiritual más profunda, le mostraba abiertamente las profundidades del amor, explicándole la inefable belleza de vivir unidos a Dios y estar en su presencia: todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo para agradar a Dios... ¡Qué maravilla! Y les enseñaba a orar: Dios mío, concédeme la gracia de amarte tanto cuanto yo sea capaz»²⁰.

20. BENEDICTO XVI, *Carta de convocatoria del Año Sacerdotal* (2009). Toma las citas de NODET, p. 130, 27, 139, 28, 77.

Epílogo

CON este modo de *habitar* el confesionario y de dar respuesta de modo personal y concreto a la situación de sus penitentes, san Juan María Vianney evitaba reducir el ministerio de la reconciliación a una actividad puramente psicológica o a una simple formalidad mecánica al servicio de un ideal perfeccionista²¹. Por el contrario, procuraba sacar a la luz la verdad de la pobreza y necesidad del corazón humano y la grandeza del descenso misericordioso de Dios a los hombres para entablar un auténtico «diálogo de salvación». Especialmente en este sacramento encarnaba el buen cura esa máxima que tanto gustaba repetir: «el sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús»²².

21. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (2013), 71.

22. NODET, p. 98.



La «mala» memoria de Jesús

Una niña en una aldea filipina dijo que había hablado con Jesús y todo el mundo empezó a alborotar con esto. Entonces la noticia se extendió y finalmente llegó a oídos del obispo que se preocupó un poco y decidió asignar un monseñor a investigar el caso.

La niña fue llevada al obispado para una serie de entrevistas teológicas y psicológicas. Al final de las entrevista el monseñor dijo «No sé qué pensar de esto, no sé si es real o no, pero hay una prueba de ácido. La próxima vez que hables con Jesús quiero que le preguntes qué le dije en la última confesión». La niña dijo que lo haría.

A la semana siguiente el monseñor le preguntó «¿Has hablado con Jesús la semana pasada?». La niña contestó: «Sí, padre, lo hice».

«¿Te acordaste de preguntarle lo que te dije?». La niña le contestó «Sí, padre: Jesús me dijo que a Él ya se le había olvidado».

M. SCOTT PECK, MD, *Caminando por el camino menos transitado*

Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el curso organizado por la Penitenciaría Apostólica

Viernes, 4 de marzo de 2016

Queridos hermanos, ¡buenos días!

Me complace encontrarme con vosotros, durante la cuaresma del Año Jubilar de la Misericordia, con ocasión del curso anual sobre el fuero interno. Saludo cordialmente al cardenal Piacenza, penitenciario mayor, y le agradezco sus amables palabras. Saludo al regente –que tiene cara de bueno, debe ser un buen confesor–, a los prelados, a los oficiales y al personal de la Penitenciaría, a los colegios de los penitenciaros ordinarios y extraordinarios de las basílicas papales –cuyas presencias fueron ampliadas con ocasión del Jubileo– y a todos vosotros, participantes en el curso, que se propone ayudar a los nuevos sacerdotes y a los seminaristas ya cercanos a la ordenación a formarse para administrar bien el sacramento de la reconciliación. La celebración de este sacramento requiere, en efecto, una adecuada y actualizada preparación, a fin de que quienes se acercan al mismo puedan «experimentar la grandeza de la misericordia, fuente de auténtica paz interior» (cf. bula *Misericordiae vultus*, 17).

«El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra –“misericordia”–. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret» (ibid., 1). En este sentido, la misericordia, antes de ser una actitud o una virtud humana, es la elección definitiva de Dios en favor de cada ser humano para su eterna salvación; elección sellada con la sangre del Hijo de Dios.

Esta divina misericordia puede llegar gratuitamente a todos los que la invocan. En efecto, la posibilidad del perdón está verdaderamente abierta a todos, es más, está abierta de par en par, como la más grande de las «puertas santas», porque coincide con el corazón mismo del Padre, que ama y espera a todos sus hijos, de modo particular a los que más se han equivocado y están lejos. La misericordia del Padre puede llegar a cada persona de muchas formas: a través de la apertura de una conciencia sincera; por medio de la lectura de la Palabra de Dios que convierte el corazón; mediante un encuentro con una hermana o un hermano misericordiosos; en las experiencias de la vida que nos hablan de heridas, de pecado, de perdón y de misericordia.

Está, también, la «vía cierta» de la misericordia, recorriendo la cual se pasa de la posibilidad a la realidad, de la esperanza a la certeza. Esta vía es Jesús, quien tiene «el poder sobre la tierra de perdonar los pecados» (Lc 5, 24) y transmitió esta misión a la Iglesia (cf. Jn 20, 21-23). El sacramento de la Reconciliación es, por lo tanto, el lugar privilegiado para experimentar la misericordia de Dios y celebrar la fiesta del encuentro con el Padre. Nosotros, con mucha facilidad, olvidamos este último aspecto: voy, pido perdón, siento el abrazo del perdón y me olvido de hacer fiesta. Esto no es doctrina teológica, pero yo diría, forzando un poco, que la fiesta es parte del sacramento: es como si de la penitencia formase también parte la fiesta que debo hacer con el Padre que me ha perdonado.



Cuando, como confesores, vamos al confesionario para acoger a los hermanos y a las hermanas debemos recordarnos siempre de que para ellos somos instrumentos de la misericordia de Dios. Por lo tanto, estemos atentos a no poner obstáculo a este don de salvación. El confesor es, él mismo, un pecador, un hombre siempre necesitado de perdón; él, en primer lugar, no puede renunciar a la misericordia de Dios, que lo ha «elegido» y lo ha «constituido» (cf. Jn 15, 16) para esta gran tarea, a la cual debe disponerse siempre con una actitud de fe humilde y generosa, teniendo como único deseo que cada fiel pueda experimentar el amor del Padre. En esto no nos faltan hermanos santos que podemos contemplar: pensemos en Leopoldo Mandic y Pío de Pietrelcina, cuyos restos hemos venerado hace un mes en el Vaticano. Y también –me permito– uno de mi familia: el padre Cappello.

Cada fiel arrepentido, después de la absolución del sacerdote, tiene la certeza, por fe, de que sus pecados ya no existen. ¡Ya no existen! Dios es omnipotente. A mí me gusta pensar que tiene una debilidad: una mala memoria. Una vez que Él te perdona, se olvida. ¡Y esto es grande! Los pecados ya no existen, fueron cancelados por la divina misericordia. Cada absolución es, en cierto modo, un jubileo del corazón, que alegra no sólo al fiel y a la Iglesia, sino sobre todo a Dios mismo. Jesús lo dijo: «Habrás más alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15, 7). Es importante, por lo tanto, que el confesor sea también un «canal de alegría» y que el fiel, después de recibir el perdón, ya no se sienta oprimido por las culpas, sino que guste la obra de Dios que lo ha liberado, viviendo en acción de gracias, dispuesto a reparar el mal cometido y yendo al encuentro de los hermanos con corazón bueno y disponible.

Queridos hermanos, en este tiempo nuestro, marcado por el individualismo, por tantas heridas y la tentación de encerrarse, es un auténtico don ver y acompañar a las personas que se acercan a la misericordia. Esto comporta también, para todos nosotros, una obligación aún mayor de coherencia evangélica y benevolencia paterna; somos custodios, y nunca dueños, tanto de las ovejas como de la gracia.

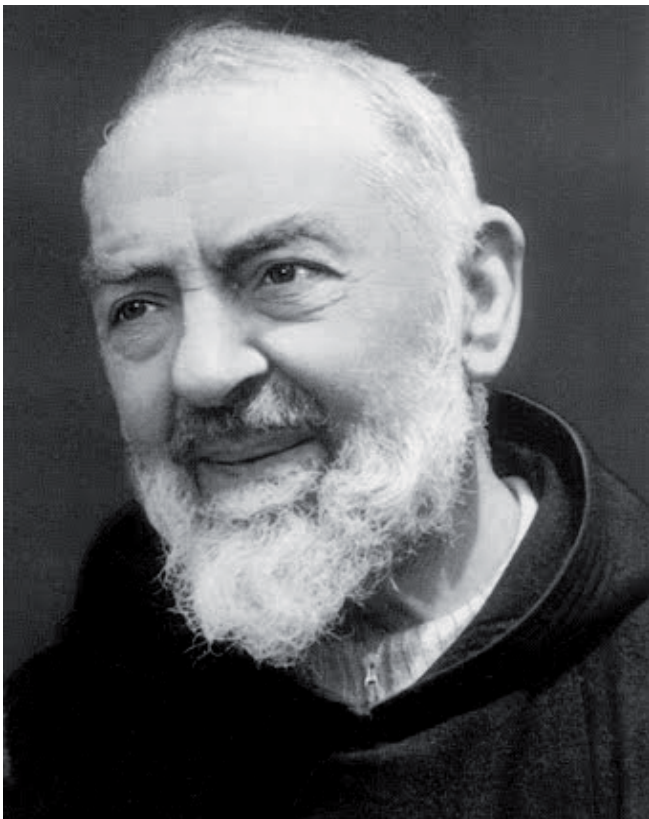
Volvamos a poner en el centro –y no sólo en este Año jubilar– el sacramento de la Reconciliación, verdadero espacio del Espíritu en el cual todos, confesores y penitentes, podemos experimentar el único amor definitivo y fiel, el amor de Dios por cada uno de sus hijos, un amor que no decepciona jamás. San Leopoldo Mandic repetía que «la misericordia de Dios es superior a cada una de nuestras expectativas». Acostumbraba también decir a quien sufría: «Tenemos en el Cielo el corazón de una madre: la Virgen, nuestra Madre, que al pie de la Cruz experimentó todo el sufrimiento posible para una criatura humana, comprende nuestros errores y nos consuela». Que sea siempre María, Refugio de los Pecadores y Madre de Misericordia, quien guíe y sostenga el ministerio tan importante de la Reconciliación.

¿Y qué hago si me encuentro ante un problema y no puedo dar la absolución? ¿Qué se debe hacer? Ante todo, buscar si hay un camino, que muchas veces se lo encuentra. Segundo: no quedarse sólo en el lenguaje hablado, sino también en el lenguaje de los gestos. Hay gente que no puede hablar, y con el gesto expresa el arrepentimiento, el dolor. Y tercero: si no se puede dar la absolución, hablar como un padre: «Mira, por esto yo no puedo (absolverte), pero puedo asegurarte que Dios te ama, que Dios te espera. Recemos juntos a la Virgen, para que te cuide; y ven, regresa, porque yo te esperaré como te espera Dios»; y dar la bendición. Esta persona, así, sale del confesionario y piensa: «He encontrado a un padre y no me ha apeado». Cuántas veces habéis escuchado gente que dice: «Yo nunca me confieso, porque una vez fui y me reprendió». Incluso en el caso límite en el cual no puedo absolver, que sienta la calidez de un padre, que lo bendiga, que le diga que regrese. Y que rece un poco con él o con ella. Siempre es este el punto: allí hay un padre. También esto es fiesta, y Dios sabe cómo perdonar las cosas mejor que nosotros. Pero que al menos podamos ser imagen del Padre.

Doy las gracias a la Penitenciaría Apostólica por su valioso servicio, y os bendigo de corazón a todos vosotros y al ministerio que desempeñáis como canales de misericordia, especialmente en este tiempo jubilar. Recordaos, por favor, de rezar también por mí. Y hoy también yo iré allí, con vuestros penitenciaros, a confesar en San Pedro.

La misericordia en el Padre Pío de Pietrelcina

JAVIER PUEYO HNSSC



San Pío de Pietrelcina

Las palabras del Papa



U primera preocupación, su anhelo sacerdotal y paterno, fue siempre que las personas volvieran a Dios, que experimentaran su misericordia y, renovadas interiormente, redescubrieran la belleza y la alegría de ser cristianas, de vivir en comunión con Jesús, de pertenecer a su Iglesia y practicar el Evangelio»¹. Con estas palabras describía el papa emérito Benedicto XVI el corazón del Padre Pío, un anhelo por transmitir la misericordia de Dios que «renueva interiormente» a los hombres. También el papa Francisco definió al Padre Pío como un canal de la misericordia de Dios, que continuamente él mismo experimentaba por su unión con Cristo crucificado: «Podemos decir que el Padre Pío era un servidor de la misericordia (...) Se convirtió a través del ministe-

1. BENEDICTO XVI, *Homilía en la iglesia de San Pío de Pietrelcina*, 21 de junio de 2009

rio de la confesión, en una caricia viviente de Padre, que cura las heridas del pecado y conforta el corazón con la paz. San Pío no se cansó jamás de recibir a las personas y de escucharlas, de gastar tiempo y fuerzas para difundir el perfume de perdón del Señor. Podía hacerlo porque siempre estaba unido a la fuente: se saciaba continuamente de Jesús crucificado, y así se convirtió en un canal de misericordia»². De esta manera, el Papa vincula su vocación de ser vehículo de la misericordia de Dios con su participación particular en la pasión de Cristo.

La cruz, revelación de la misericordia del Padre

SAN Agustín define la misericordia como «la compasión de nuestro corazón por la miseria ajena, que nos fuerza a socorrerlo si está en nuestra mano»³. También santo Tomás habla de la misericordia como un dolor por el mal del otro, que es considerado como propio⁴. Por tanto, la misericordia no es una simple ayuda al otro, sino es una ayuda en la que, por la unión de amor, el amante sufre junto con el amado. De ahí, que la misericordia de Dios hacia el hombre nos revela un amor doloroso de Dios hacia el hombre. Como explica la encíclica *Dominum et vivificantem*, este dolor no es causado por una imperfección o carencia en Dios, sino por su amor al hombre, y esta misericordia de Dios, «este misterioso dolor de Padre engendrará la admirable economía del amor redentor de Jesucristo»⁵.

La cruz que encontramos en la vida del Padre Pío es una participación de este dolor misericordioso de Dios para con el hombre que se manifiesta especialmente en la cruz de Cristo. Así como las llagas de Cristo son el testimonio definitivo del amor misericordioso de Dios

Así como las llagas de Cristo son el testimonio definitivo del amor misericordioso de Dios al hombre, de la misma manera, las llagas del Padre Pío son una participación y manifestación del amor redentor de Jesús en su alma.

2. FRANCISCO, *Discurso «a los grupos de oración del Padre Pío»*, 6 de febrero de 2016.

3. SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, IX, 5.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, II-II, q. 30, a 2.

5. SAN JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 39.

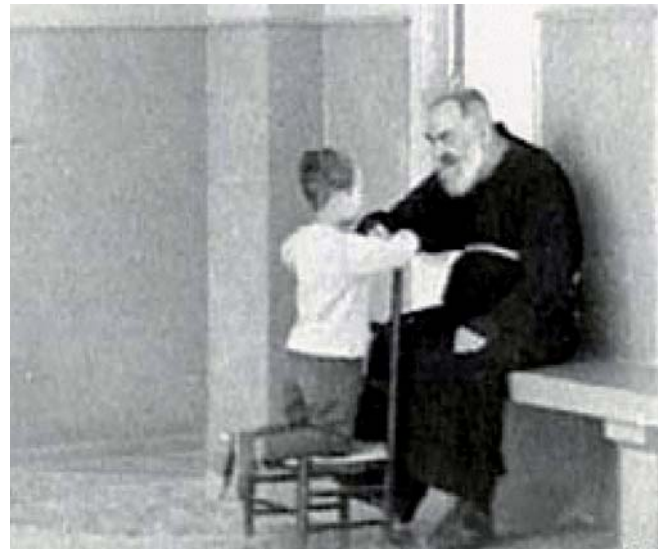
al hombre, de la misma manera, las llagas del Padre Pío son una participación y manifestación del amor redentor de Jesús en su alma.

El mismo Juan Pablo II resumía de manera sencilla esta relación entre la Cruz y la misericordia de Dios en un discurso posterior a la beatificación del Padre Pío: «En Él, en la plenitud de los tiempos, la misericordia de Dios se hizo carne para salvar a la humanidad, herida mortalmente por el pecado. «Con sus heridas habéis sido curados» (1 Pe 2,24), repite a todos el beato Padre

Esta identificación con Cristo en su sacrificio no se daba únicamente en el momento de la celebración eucarística, sino que es una unión espiritual y permanente con Cristo, que se manifestó también a través de una particular «noche oscura».

Pío con las palabras del apóstol san Pedro, precisamente porque tenía esas heridas impresas en su cuerpo»⁶. El Papa hace referencia a la gracia carismática que tuvo el Padre Pío de tener impresas en su carne las huellas de la Pasión durante más de cincuenta años. Desde 1911 el Padre Pío comenzó a sufrir en sus manos, en sus pies y en su costado las heridas que Cristo tuvo en la cruz provocadas por la lanza y los clavos. Durante los primeros años, el Padre Pío sufrió esta misteriosa participación en la pasión del Señor de manera invisible, pero a partir de 1918, sus heridas eran visibles para todos.

Estas heridas son la manifestación externa del dolor del Padre Pío por los pecados de los hombres. Por ello, con frecuencia lloraba después de escuchar confesiones, por ser especialmente sensible a la gravedad del pecado por su unión con Cris-



San Pío confesando a un niño

to crucificado. En su biografía sobre el Padre Pío, Yves Chiron cita el testimonio de María Winowska: «¿Por qué, por quien llora el Padre Pío? Un santo dijo que si viéramos el horror del pecado, moriríamos de repugnancia. Somos unos pobres habituados a quienes esa visión apenas nos molesta y nos llevamos bien con el fango. Pero entre nosotros hay hombres que no se acomodan a él y no pactan con el mal. El Padre Pío es uno de ellos: ésa es la causa de sus lágrimas. Lloro por el pecador que prefiere su pecado a su alma preciosa. Lloro por la sangre de Dios que es derramada en vano por tantos desgraciados. Lloro por la creación profanada y por los fracasos de la gracia. Lloro, en fin, porque Cristo lloró»⁷.

6. SAN JUAN PABLO II, *Discurso a los peregrinos*, 3-V-1999. Basílica de san Pedro.

7. CHIRON, Y., *El Padre Pío*, Madrid (Palabra), p. 224-225

«Un amor más poderoso que el pecado»

Cuando nos damos cuenta de que el amor que Dios tiene por nosotros no se para ante nuestro pecado, no se echa atrás ante nuestras ofensas, sino que se hace más solícito y generoso; cuando somos conscientes de que este amor ha llegado incluso a causar la pasión y la muerte del Verbo hecho carne, que ha aceptado redimirnos pagando con su sangre, entonces prorrumpimos en un acto de reconocimiento: «Sí, el Señor es rico en misericordia» y decimos asimismo: «El Señor es misericordia».

SAN JUAN PABLO II, *Reconciliación y penitencia*, capítulo II

Esta unión con Cristo crucificado se manifestaba también con especial fuerza en el otro gran sacramento del que es dispensador habitual el sacerdote: el santo sacrificio de la Misa. En cada eucaristía que celebraba, el Padre Pío revivía en su cuerpo y en su alma la pasión del Señor. Así nos cuenta un testigo ocular la misa del Padre Pío: «Nunca en mi vida había asistido a una misa tan conmovedora y sin embargo tan sencilla. El Padre Pío oficiaba siguiendo los ritos tradicionales. Pero recibía los textos litúrgicos con tal nitidez, con tal convicción; se desprendía tal intensidad de sus invocaciones; sus gestos, aunque sobrios, eran de tal grandeza que la misa adquiría no sé qué proporciones y se convertía en un acto completamente sobrenatural, lo que en realidad es (...). Cuando sonó la elevación de la hostia, luego del cáliz, el Padre Pío quedó inmóvil en la contemplación. ¿Durante cuánto tiempo tuvo la hostia con los brazos elevados? (...) Diez, doce minutos, quizá más (...). Mi mujer que se hallaba un poco a mi izquierda y que veía al Padre Pío de lado, en el momento en que consagró las especies vio muy claramente brotar sangre de las palmas de sus manos»⁸. De esta manera, la celebración de la Eucaristía del Padre Pío era una visualización de la realidad del sacrificio de la Misa, por el cual Cristo perpetúa su ofrenda al Padre hasta el final de la historia, y también manifestaba la vocación del cristiano, y en especial del sacerdote, de unirse a este sacrificio redentor de Cristo en la Eucaristía.

Esta identificación con Cristo en su sacrificio no se daba únicamente en el momento de la celebración eucarística, sino que es una unión espiritual y permanente con Cristo, que se manifestó también a través de una particular «noche oscura». En la correspondencia con su director espiritual encontramos descripciones de este dolor espiritual: «Mi alma se halla muy desolada (...). Una dolorosa turbación, de incontables temores, de infinitas imaginaciones, unidos a la certeza de mis miserias, que me oprimen del todo, me llevan a llorar amargamente y a exclamar: ¿estoy perdido para siempre?... Padre mío, ¡ayúdeme!, porque el dolor, todo espiritual, que siento es demasiado íntimo, demasiado sutil, es capaz de consumirme (...). No puedo mantenerme más, no puedo sostenerme por más tiempo, la tempestad está a punto de derrumbarme y arrojarme en el fango; el Infierno, ¡jah!,

8. CHIRON, Y., *El Padre Pío*, Madrid (Palabra), pp. 228-229.

me parece que está abierto ante mis pies, aunque mi alma busca siempre a Dios»⁹. Años más tarde, en 1937 escribía: «No sé cómo el Señor puede permitir todo esto. Me veo a disgusto en todo y no sé si obro bien o mal. Veo que no se trata de escrúpulos, sino de la incertidumbre de agradar o no al Señor, que me aplasta. Y esto en todo y en todas partes, en el altar, el confesionario, en todas partes. Avanzo casi por milagro, pero no entiendo nada»¹⁰. Estas pruebas se prolongarían durante toda su vida. Sin embargo, la gracia de Dios sostenía a san Pío en su prueba, y en momentos puntuales le hacía sentir la verdadera cercanía de Dios: «Este estado de cosas va intensificándose cada vez más, de forma que si no muero es un milagro del Señor. Pero, cuando al Esposo celeste de las almas le place poner fin a este martirio, me manda, de repente, tal devoción de espíritu que es imposible resistir. En un instante, me encuentro totalmente cambiado, enriquecido con gracias sobrenaturales y fuerte para desafiar al reino entero de Satanás. Lo que sé decir de esta oración es que me parece que el alma se pierde totalmente en Dios y que en esos momentos saca mucho más provecho que todo lo que podría alcanzar en muchos años de esfuerzos animosos»¹¹.

La unión con Cristo crucificado también se manifestará en las persecuciones que sufrirá en la misma Iglesia, de parte de sus superiores legítimos. En 1922 se le restringe el contacto con los fieles y la correspondencia con su director espiritual; un decreto del Santo Oficio en 1923 le prohibía celebrar misa en presencia de fieles y le obligaba al traslado de convento; en 1924 el Santo Oficio publicaba un nuevo *monitum* en un tono más grave; en 1931 el Santo Oficio le privaba de todas las facultades del ministerio sacerdotal, excepto celebrar misa en privado. De nuevo a finales de los años cincuenta

9. SAN PÍO DE PIETRELCINA, *carta del 13-XI-1913*, *Epistolario I*, pp. 427-428.

10. CHIRON, Y., *El Padre Pío...*, pp. 234-235

11. ÍD., *carta del 1-XI-1913*, *Epistolario I*, p. 421.

«Es preciso volver al confesionario, como lugar en el cual celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que “habitar” más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios».

BENEDICTO XVI, discurso a los participantes en el XXI Curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica, 11 de marzo de 2011

comenzaría una persecución por parte de los superiores de su provincia eclesiástica, que acabaría con micrófonos en su confesonario y con nuevas restricciones a su ministerio por parte del Santo Oficio en 1961. El

*El Padre Pío
llegaba a dedicar
hasta diez o quince
horas al día al
confesonario.*

papa Juan Pablo II veía estas incomprensiones por parte de la Jerarquía como otra prueba dolorosa que le fortaleció en la obediencia a la voluntad de Dios: «No menos dolorosas, y humanamente tal vez aún más duras, fueron las pruebas que tuvo que soportar, por decir-

lo así, como consecuencia de sus singulares carismas. Como testimonia la historia de la santidad, Dios permite que el elegido sea a veces objeto de incomprensiones. Cuando esto acontece, la obediencia es para él un crisol de purificación, un camino de progresiva identificación con Cristo y un fortalecimiento de la auténtica santidad.»¹²

Misericordia para los males del alma

ESTE dolor permanente que el Padre Pío lleva impreso en su cuerpo y en su alma no le produce amargura para con los demás. Muy al contrario, es expresión suprema de un corazón misericordioso y compasivo ante los males ajenos. Por eso, decía el papa Juan Pablo II, que las llagas del Padre Pío reflejan también su ofrecimiento, su deseo de entrega a los hombres: «Llevando siempre en su cuerpo la pasión de Jesús, fue pan partido para los hombres hambrientos del perdón de Dios Padre. Sus estigmas, como los de san Francisco de Asís, eran obra y signo de la misericordia divina, que mediante la cruz de Cristo redimió el mundo. Esas heridas abiertas y sangrantes hablaban del amor de Dios a todos, especialmente a los enfermos en el cuerpo y en el espíritu»¹³.

El papa san Juan Pablo II ve esta disponibilidad

amorosa de nuestro santo especialmente plasmada en su ministerio como confesor: «El Padre Pío ha sido generoso dispensador de la misericordia divina, ofreciendo su disponibilidad a todos, a través de la acogida, la dirección espiritual, y especialmente a través de la administración del sacramento de la Penitencia. El ministerio del confesonario, que constituye uno de los rasgos característicos de su apostolado, atraía innumerables muchedumbres de fieles al convento de San Giovanni Rotondo»¹⁴. El sufrimiento no endurecía el alma del Padre Pío, sino que por el contrario, le hacía muy sensible al dolor ajeno y le infundía una acogida afectuosa en el sacramento de la confesión, del que fue ministro sobresaliente.

Puede decirse que en los períodos en los que no estuvo su ministerio restringido por la obediencia a la legítima autoridad eclesiástica, el Padre Pío dedicaba la mayor parte de su tiempo al ministerio del sacramento del perdón, llegando a dedicar hasta diez o quince horas al día al confesonario en los días de gran afluencia. Para ejercer este ministerio el Señor le concedió algunos carismas especiales, por ejemplo, ser capaz de leer en las conciencias de los penitentes para facilitarles la confesión de sus pecados. En algunas ocasiones llegó a negar la absolución sacramental, pero como explicaba Juan Pablo II lo hacía para que «éstos, una vez tomada conciencia de la gravedad del pecado, y sinceramente arrepentidos, (regresarán) para recibir el abrazo pacificador del perdón sacramental»¹⁵. Una anécdota nos puede iluminar sobre la «dureza» del Padre Pío. En una ocasión, entró un hombre casado a la iglesia de San Giovanni Rotondo junto a su amante, con la intención de asesinar a su mujer. El Padre Pío corrió hacia él desde la sacristía y le expulsó de la iglesia. El hombre estuvo muy turbado durante dos días, tras los cuales volvió a ver al Padre, que le acogió con gran ternura, le invitó a confesarse y le anunció: ‘No tenéis hijos y ambos deseabais uno. Vuelve a tu hogar, y vuestro deseo se cumplirá».

Puede decirse que el confesonario era el lugar principal de los milagros del Padre Pío. Entre las numerosas conversiones que realizó en el confesonario podemos citar la de Cesare Festa, abogado perteneciente a la ma-

12. SAN JUAN PABLO II, *homilía en la beatificación de san Pío de Pietrelcina*, 2-V-1999.

13. SAN JUAN PABLO II, *discurso a los asistentes a la beatificación de Padre Pío*, 3-V-1999.

14. SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la canonización de san Pío de Pietrelcina*, 16-VI-2002.

15. SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la canonización de san Pío de Pietrelcina*, 16-VI-2002.

Estar disponibles para confesar

Donde hay un confesor disponible, antes o después llega un penitente; y donde persevera, incluso de manera obstinada, la disponibilidad del confesor, ¡llegarán muchos penitentes!

Cardenal MAURO PIACENZA, 9 de marzo de 2011



Casa de Alivio del Sufrimiento

sonería y visceralmente anticlerical. Acudió a la iglesia de San Giovanni Rotondo ante la insistencia de su primo, médico que había examinado los estigmas del Padre Pío, pero con la intención de desenmascarar la supuesta farsa. Cuando entró en la sacristía junto a otros peregrinos, el Padre Pío se dirigió a él delante de todos y dijo: «Ese es un masón, ¿qué hace entre nosotros? ¿qué papel desempeña en la masonería». Cesare respondió: «Luchar contra la Iglesia». La respuesta del Padre Pío fue señalarle el confesionario; allí le tomó de la mano, le miró a los ojos, y después de un rato de silencio le contó la parábola del hijo pródigo; aquel duro anticlerical sintió que le invadía una extraña paz al escuchar las palabras del santo que le invitaba a recibir sus palabras de misericordia y le confesó todos los pecados de su vida. Permaneció tres días en el convento y su conversión fue noticia en la prensa de aquellos días. Después de peregrinar a Lourdes volvió a San Giovanni Rotondo y pidió ingresar en la orden terciaria franciscana.

La misericordia con los que sufren en el cuerpo

EL Padre Pío no sólo ejerció la misericordia de manera espiritual sobre los males morales de los fieles, sino que también trató de aliviar su sufrimiento físico, del que también él era partícipe por su delicada salud desde niño y por los estigmas que

el Señor le concedió. Por eso fundó la «Casa de Alivio del Sufrimiento». Si el Padre Pío quiso fundar esta casa es porque sabía de la dureza de los sufrimientos corporales, que con frecuencia son la causa del desaliento interior; por eso, él pensó esta casa como un medio de aliviar ambos y difundir un apostolado de la caridad con los necesitados; los mismos enfermeros y médicos se beneficiarían de ejercer la misericordia con los enfermos. Así lo enseñaba san Juan Pablo II en la homilía de su beatificación: «El Padre Pío, además de su celo por las almas, se interesó por el dolor humano, promoviendo en San Giovanni Rotondo un hospital, al que llamó: “Casa de Alivio del Sufrimiento”. Trató de que fuera un hospital de primer rango, pero sobre todo se preocupó de que en él se practicara una medicina verdaderamente “humanizada”, en la que la relación con el enfermo estuviera marcada por la más solícita atención y la acogida más cordial. Sabía bien que quien está enfermo y sufre no sólo necesita una correcta aplicación de los medios terapéuticos, sino también y sobre todo un clima humano y espiritual que le permita encontrarse a sí mismo en la experiencia del amor de Dios y de la ternura de sus hermanos. Con la “Casa de Alivio del Sufrimiento” quiso mostrar que los “milagros ordinarios” de Dios pasan a través de nuestra caridad»¹⁶.

16. SAN JUAN PABLO II, *homilía en la beatificación de san Pío de Pietrelcina*, 2-V-1999.

San Leopoldo Mandic, mártir del confesionario*



San Leopoldo Mandic (1866-1942)



En la parte más oriental de Croacia, junto a Albania, está Novigrado –Castillo Nuevo–, a quien los turcos, sus dominadores de los siglos xv al xvii, llamaron Herzeg-Noví, y sus liberadores venecianos Castelnovo. Pequeño puerto estratégico situado en las Bocas de Cáataro, profunda entrada del mar Adriático en las montañas de Dalmacia, con paisaje y clima maravillosos. Castelnovo era en el siglo xix de gran mayoría católica, aunque más

de la mitad de estos pueblos eslavos son cristianos ortodoxos. Pertenece al arzobispado de Zagreb, sede que fue de monseñor Stepinac, el santo cardenal tan perseguido por los comunistas.

El 12 de mayo de 1866 nació el último de doce hermanos, Bogdan –o Adeodato, dado por Dios– Mandic, de nobles y ricos abuelos, pero cuyos padres habían caído casi en la pobreza. Frecuentaba el convento de los capuchinos, llegados como capellanes militares de los venecianos dos siglos antes. Y a los 16 años ingresó en el seminario capuchino de Udine. En 1884 entró en el noviciado de Bassano, con el nombre de Leopoldo. En 1890 se ordena de sacerdote en Venecia, donde permanece hasta 1897; luego pasa por los conventos de Zara, Bassano, Capodistria, Thiene y finalmente, en 1909, llega a Padua, que será su convento hasta su muerte, el 30 de julio de 1942.

Su vocación ecuménica

SEGÚN los testigos, ya desde niño se mostró ejemplar. Una de las características de su vocación fue el ecumenismo, el deseo de trabajar para la vuelta de su pueblo, los eslavos, al seno de la Iglesia católica. Tanto le acuciaba esta idea, que hizo voto, repetido sin cesar, de consagrarse a realizar la promesa del Señor: «Se hará un solo rebaño con un solo pastor». Y añadía: «Me ofrezco como víctima por la salvación de mis hermanos orientales».

Para realizar este ideal suyo no dejó en toda su vida de estudiar las lenguas orientales. Además del croata, no sólo aprendió el italiano y el latín, sino que era capaz de hablar el serbio, el eslavo y el griego moderno. Notable fue el amor y fidelidad a su pueblo, hasta el punto de que por ello no quiso aceptar la ciudadanía italiana durante la primera guerra europea, con la molestia de tener que retirarse a la Italia meridional de 1917 a 1918. La proximidad de Padua al frente hizo que las autoridades prohibieran estar allí a los súbditos del enemigo Imperio austríaco. Sin embargo, siempre se sintió como ciudadano de la hospitalaria y cosmopolita Italia, donde difícilmente puede uno sentirse extranjero.

Fruto de tantas oraciones y trato íntimo con Dios, fue recibir la consoladora luz que reflejó en su frase: «Sin ninguna duda los orientales se unirán a la Iglesia

* Artículo extractado del libro *Padre Leopoldo, mártir del confesionario y apóstol del ecumenismo*, por el P. Pietro BERNARDI DE VALDIPORRO, traducido y adaptado por el padre Leandro DE ECHÁVARRI DE URTUPIÑA. Publicado en la revista *Ave María* nº 657.

de Roma», y añadía que será: «por los méritos y oraciones de María, de quien son tan devotos».

Su petición a los superiores de ser destinado a Oriente no le fue concedida; su salud era muy precaria, y sus cualidades no eran brillantes, con pronunciación defectuosa para predicar y sin estilo literario para escribir.

Sin embargo, en tres breves ocasiones se hizo realidad su sueño de trabajar con los orientales: los tres años que estuvo en Zara y el año de Capodistria, en plena tierra eslava. También en 1923, con gran gozo suyo, fue destinado a Fiume, al ser incorporado este puerto a Italia, para atender a los croatas, eslavos y serbios, pero hizo tanta presión el pueblo de Padua pidiendo su vuelta, que al mes le ordenó el padre provincial su regreso.

El confesionario

Yaquí viene lo vulgar y lo prodigioso, la ocupación del capuchino bajo (1,35 m.) y feo que no servía para altas misiones, y tuvo la rutinaria, aburrida... y altísima, de confesar, de perdonar los pecados en nombre y como representante de Dios, reencauzando las almas a su eterna salvación, «full time», sin salir de su confesionario (una celda adosada a la iglesia), donde esperaban confesarse largas filas de hombres de todas las clases sociales, en particular sacerdotes y religiosos. Sin vacaciones, a

pesar del fuerte calor del verano; y sin un pequeño calentador en el intenso frío del invierno. Resistiendo días enteros con fuertes dolores o abrasado por la fiebre, hasta el mismo día de su muerte. Y así se hizo santo. Porque en cualquier ocupación podemos santificarnos, y porque confesar es una de las ocupaciones que si más santifica a los penitentes, no habrá de ser menos a los confesores.

Pablo VI en la homilía de su beatificación tuvo estas palabras de especial significación y relevancia en la biografía del hoy san Leopoldo y para las circunstancias actuales: «La nota peculiar de su heroicidad y de su virtud carismática fue —¿quién no lo sabe— su ministerio de oír confesiones. El llorado cardenal Larraona, entonces prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, escribió en el decreto de 1962 para la beatificación del padre Leopoldo: “Su método de vida era éste: después de celebrar bien temprano el sacrificio de la Misa, se sentaba en la pequeña celda del confesionario, y allí permanecía todo el día a disposición de los penitentes. Conservó este tenor de vida durante casi cuarenta años, sin la mínima queja...”

»Demos gracias al Señor que ofrece hoy a la Iglesia una figura tan singular de ministro de la gracia sacramental de la penitencia; que, por una parte, hace un nuevo llamamiento a los sacerdotes a un ministerio de tan capital importancia, de tan actual pedagogía, de tan incomparable espiritualidad; y, por otra, recuerda a los fieles, sean fervorosos, tibios o indiferentes, qué servicio tan providencial e inefable es para ellos to-

«Dedicaos con gozo a este ministerio»

Sí, conozco vuestra dificultades; tenéis que cumplir muchas tareas pastorales y os falta siempre tiempo. Pero cada cristiano tiene un derecho, sí, un derecho al encuentro personal con Cristo crucificado que perdona (...) Por todo esto os suplico: considerad siempre este ministerio de reconciliación en el sacramento de la Penitencia como una de vuestras tareas más importantes. Ya en otra ocasión señalaba: oyendo las confesiones y perdonando los pecados estáis eficazmente edificando la Iglesia, derramando sobre ella el bálsamo que cura las heridas del pecado. Si ha de realizarse en la Iglesia una renovación del sacramento de la Penitencia, será necesario que el sacerdote se dedique con gozo a este ministerio.

SAN JUAN PABLO II, alocución a sacerdotes en España, 6 de noviembre de 1982

davía hoy, o mejor, hoy más que nunca, la confesión individual y auricular, fuente de gracia y de paz, escuela de vida cristiana, consuelo incomparable en la peregrinación terrena hacia la eterna felicidad».

El alma de su santidad

A su sagrado ministerio de oír confesiones, el padre Leopoldo juntaba una rígida austeridad; sus enfermedades, privación de descanso y de gustos (todas las delicadezas que viendo su delicada salud le solían regalar sus penitentes las entregaba al superior), el calor y el frío, todo con gran amor a la pobreza por su enorme valor evangélico: «Tantos pobres pasan frío y ¿voy yo a tener valor de calentarme con una estufa? ¿Qué les diría cuando vienen a confesarse?». Solamente el último invierno —tenía 75 años— por la insistencia de un grupo de amigos le obligó el superior a aceptar una estufa.

Doce horas al día confesando, sin dormir más que cuatro o cinco por la noche, ni siesta. ¡Así cuarenta años sin vacaciones! Y cuando tenía fiebre contestaba: «Los pobres tenemos que trabajar también con fiebre, en el Cielo descansaremos. ¿Cómo puedo ir a la cama, esperando tantas almas ahí fuera mi pobre ayuda?»

De noche, en la capilla, de rodillas, luchando con el sueño, si le decían que se fuera ya a descansar: «A las personas que confieso doy penitencias muy ligeras; es necesario que satisfaga yo por ellas».

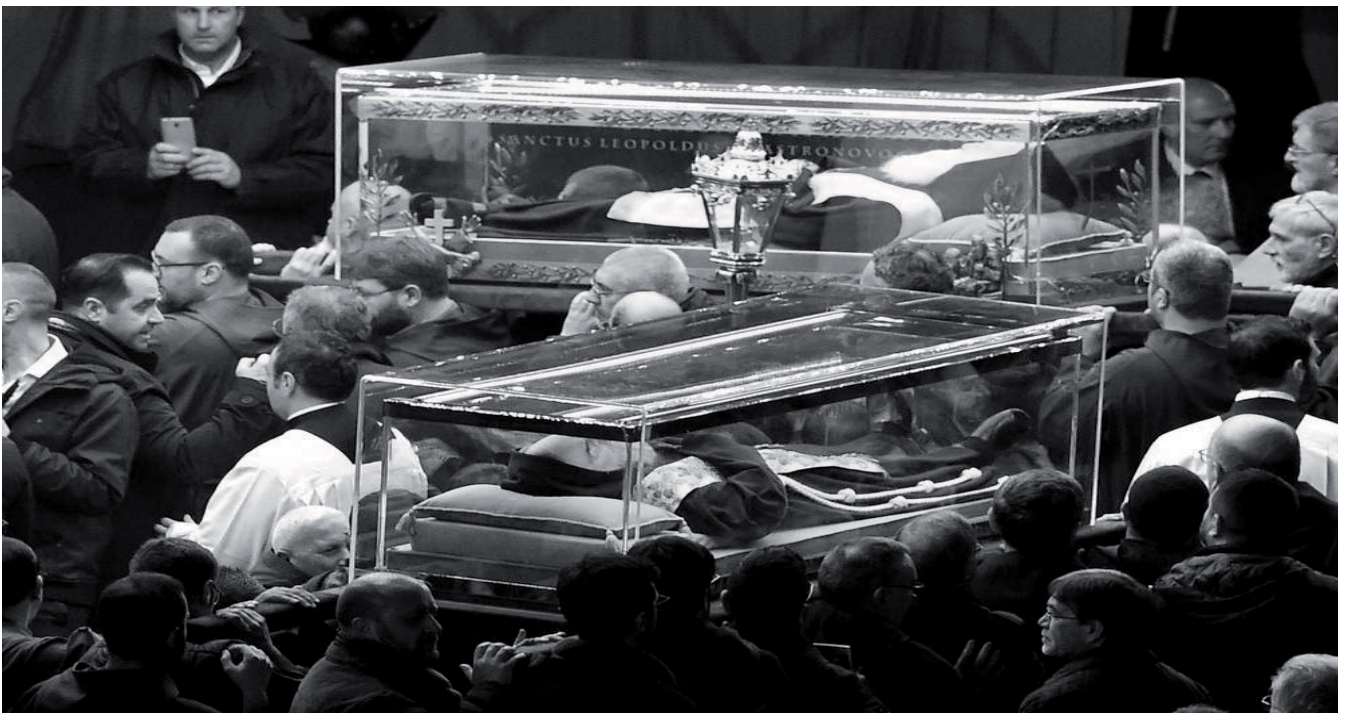
Aceptar vida tan penitente sólo es posible con la energía interior de la oración, de la unión constante con Dios, fundada en la roca de la fe. Casi como estribillo, repetía en el confesionario: «Fe, tenga fe». Bastaba que cesasen un momento las confesiones para que se arrodillase en oración. «Dios ha establecido que todo lo podemos alcanzar de Él, pero siempre por medio de la oración». Llegó hasta a hacer voto de estar continuamente con el pensamiento en la presencia de Dios, lo que supone un dominio heroico, y lo cumplía escrupulosamente.

Por este camino llegó a una extraordinaria unión con Dios. Él nunca habló de ello, y las cartas que escribió a su director espiritual no se conservan; pero son señales inequívocas de sus extraordinarios carismas, entre otras, las muchas predicciones que hacía después de recogerse un momento, y los muchos milagros que realizó.

Su devoción a la Virgen y al Corazón de Jesús

COMO cauce del trato suyo con Dios sobresalía su devoción a la Señora, como llamaba a la Santísima Virgen. Todos los días ponía flores frescas en la imagen de ella que tenía en su celda-confesionario.

No podemos omitir su devoción al Corazón de Jesús, característica de todos los santos modernos. Escribía: «Ruegue a la caridad sin límites del Co-



Multitud de fieles acompañan las reliquias del padre san Pío de Pietrelcina y san Leopoldo Mandic a su llegada al Vaticano

razón de Jesús para que pueda llegar yo a ser un amigo y discípulo suyo perfecto». Como velada referencia a su vida mística anotó en una estampa del Corazón de Jesús: «¡La caridad divina del Corazón de Jesús que se dignó darme señales tan inefables de su amor, tenga misericordia de mí!... ¡Todo lo espero, todo me lo prometo de la caridad infinita de nuestro Señor Jesucristo, de su divino Corazón!». Y en una estampa de la Virgen: «Hoy, día del cincuentenario de mi profesión religiosa, renuevo mis votos en honor del divino Corazón...» Para él era la gloria: «Ya descansaremos un día en el Cielo. Allí lo haremos mejor, reposando nuestra cabeza sobre el divino Corazón de Jesús».

Tenía también gran devoción y recurría frecuentemente a su Ángel de la Guarda, a los santos, en particular a san José, san Francisco, san Antonio de Padua, santos Cirilo y Metodio –apóstoles de los eslavos–, san Francisco Javier, san Ignacio de Loyola –había copiado y releía su famosa carta de la obediencia–, san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka y san Juan Berchmans, por sus vidas sencillas.

Amor bondadoso a las almas

SU amor serio y sólido a las almas le llevó a una vida de abnegación tan heroica que en sus manifestaciones externas estaba lleno de bondad. Durante cuatro años, de 1910 a 1914, además de dar clases de patología a los estudiantes capuchinos teólogos, fue su director. Dejó en ellos un gratísimo recuerdo del amor maternal con que los trataba, y se

interesaba por cada uno en particular. Al hermano cocinero solía decir: «Sea generoso con los estudiantes. A mí y a algún otro límitenos la ración cuanto quiera, pero, por amor de Dios, trate bien a los estudiantes».

En las noches más crudas de invierno les dispensaba del coro y de los actos siguientes a la cena y recreación: «Id a descansar. Ya rezaré yo y haré un poco de penitencia por vosotros». Por sus criterios amplios algunos le censuraban que mitigaba el rigor tradicional de la orden, y le dejaron sólo confesar.

También en la confesión parecía tener manga ancha. A un canónigo, penitente suyo, que le interpellaba: «Usted es demasiado bueno, ¿no tendrá que dar alguna cuenta al Señor por ello?», le contestó: «Si de alguna cosa debiera arrepentirme, sería de no haber interpretado así siempre la Bondad infinita de Dios».

Días antes de morir decía: «Más de cincuenta años hace que estoy confesando, y no me remuerde la conciencia de todas las veces que he dado la absolución, sino que siento pena de las tres o cuatro veces que no la he podido dar. Es posible que no hiciera todo lo que debía para suscitar en los penitentes las disposiciones debidas».

Tremenda fuerza y responsabilidad la de los confesores que no pueden absolver a quienes no están dispuestos a cumplir sus obligaciones graves. Situación difícil en tiempos de liberalismo, como los de san Leopoldo, cuando muchos no aceptan las interpretaciones o graves disposiciones de la Iglesia. Lo admirable del santo no es que absolviera sin exigir las debidas disposiciones a los penitentes, sino que consiguiera suscitarlas en ellos si no las tenían.

Lo que sobre todo necesita el confesor es santidad, debido a la mucha energía que ha de tener en el desempeño de su ministerio.

(...) El confesor ha de tener gran fondo de caridad para acoger a todos, pobres, ignorantes y pecadores. Cuando se acerca un pecador, tanto mayor caridad hay que tener con él cuánto más perdido se halle. Ciertamente es necesario corregir al pecador para darle a conocer el estado miserable y el peligro en que se halla de condenarse; pero siempre hay que hacerlo con caridad y animándolo a confiar en la divina misericordia, suministrándole los medios para corregirse.

San ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Obras ascéticas*, sobre la predicación y administración del sacramento de la Penitencia

Así en cierta ocasión, levantándose airado le señaló a uno la puerta: «Con Dios no se juega. Váyase y morirá en su pecado». Contó el mismo penitente que se sintió como herido por un rayo, cayó de rodillas llorando y prometió renunciar a sus errores. Cuando daba un consejo –y se lo pedían también los prelados– era tan grande su seguridad que no admitía réplica: «¿Quién ha hablado? ¡Ha hablado Dios! Basta».

Otros detalles de su bondad son que, siendo ya sacerdote, en Venecia, fuese a pedir limosna por las casas o que ayudase con el mayor interés a los hermanos a lavar, a preparar el refectorio o las habitaciones para los huéspedes, etc.

Un día, yendo por la calle, unos chiquillos burlándose de él le metían piedrecitas en la capucha. Llegó el doctor Ferrini y les reprendió ásperamente, pero el buen padre lo calmó: «Doctor, deje que se diviertan, merezco cosas mucho peores».

Los carismas extraordinarios

SE puede decir que los resume su santidad puesta al servicio de los demás hasta el milagro. Son muchísimos los recogidos en su proceso. Algunos como muestra:

A veces –hay muchos testimonios–, interrumpía al penitente: «Basta, lo he comprendido todo», y si no se tranquilizaba le manifestaba cuanto pensaba decirle y aún más: «Aprenda a creer en la palabra del confesor».

Se cruza en la calle con un desconocido en bicicleta, y lo mira tan fijamente que el otro le pregunta: «Padre, ¿quiere algo de mí?». «Venga enseguida a la iglesia». El hombre, que hacía cuarenta años que no se confesaba y que se vanagloriaba de no creer en Dios, despreciando a la Iglesia y al clero, fue, confesó, y desde aquel día vivió como excelente cristiano. Contaba a todo el mundo que la mirada del padre le había penetrado como una espada impidiéndole resistir a la invitación.

«Esta noche –decía el 23-02-1932 llorando amargamente– durante la oración el Señor me ha abierto los ojos y he visto a Italia en un mar de fuego y sangre». Ya durante la guerra, al preguntarle si sería bombardeada Padua, respondió: «Lo será, y duramente. También este convento e iglesia, pero esta celdita no. Aquí ha tenido Dios tanta misericordia con las almas, que debe quedar como un monumento a su bondad». Así sucedió, aunque el 14-V-1944 cinco grandes bombas destruyeron la iglesia y parte del convento.

Al franciscano padre Orlini, recién elegido provincial, le aseguró: «Va a disfrutar poco tiempo de tan vistosa carga, porque pronto le vendrá otra mayor». Pensó el interesado que era una broma, pero a los tres meses fue elegido ministro general.

«En 1913, cuando tenía veinte años –testifica sor María Asunción– me confesé con él. Nunca le había visto. Después me invitó a pasar a la sacristía, y como transfigurado me dijo: “El Amo y Señor de la barca tiene designios importantes sobre usted. Corresponda bien a las gracias recibidas”». Ni se le había ocurrido aún la obra que después fundaría: el instituto religioso de las Esclavas de la Santísima Trinidad.

Ana Bendazzoli en la primavera de 1942 vivía angustiada, pues desde hacía mucho tiempo no conseguía tener noticias de su único hijo, combatiente en África. Llegó al confesionario del padre Leopoldo, que no la conocía: «¿Es usted viuda? ¿Tiene un hijo único? Vuelva contenta a su casa, muy pronto recibirá carta de él y pasará feliz la Pascua». Días después, el domingo de Resurrección, recibía carta de su hijo: estaba ya sin peligro, hecho prisionero, pero muy bien.

Va a confesar a una enferma, en julio de 1933. Al día siguiente la operarán de tumor en el intestino. Está tan abatida que el padre Leopoldo se conmueve. Queda un momento absorto en oración: «¡Tenga fe! ¡Alégrese, creo que el Señor ha cambiado las cartas!» Al día siguiente cuando la visitó el médico la encontró totalmente curada.

En 1928 le cuentan que una niña está muriéndose de meningitis. El padre Leopoldo se conmueve, pide una manzana, la bendice: «Dásela a la niña y la Virgen la curará». Nada más comerla sanó. Él exclamó: «Ha sido la Virgen. Virgen bendita, ¡qué buena eres!».

Una santa muerte

LLEGÓ a la meta el 30 de julio de 1942. Ese día se levantó muy de mañana, como de costumbre, y prolongó su oración antes de la santa misa. Al ir a revestirse sufrió un desvanecimiento. Se recuperó justo para recibir la santa Unción. El superior, padre Benjamín, testificó en el proceso de canonización: «Yo, que le asistí en sus últimos momentos, no dudo en creer que, en su tránsito a la eternidad, haya sido asistido, mediante una extraordinaria aparición de Nuestra Señora, la Madre de Dios. Murió repitiendo las invocaciones que se le sugerían. En cuanto llegó a las palabras: ¡Oh, clementísima!... ¡Oh, piadosa!... ¡Oh, dulce Virgen María! se incorporó y, extendiendo las manos hacia lo alto, como si fuese al encuentro de no sé qué objeto extraño, expiró; parecía transformado». Fue solemnemente canonizado por san Juan Pablo II, el 16 de octubre de 1983.

Que san Leopoldo Mandic interceda ante la *Padrona Benedeta* –tantas veces por él invocada– para que sea pronto una realidad la consoladora luz que un día recibiera: «Sin ninguna duda los orientales se unirán a la Iglesia de Roma... por los méritos y oraciones de María, de quien son tan devotos».

La pérdida de conciencia de pecado en nuestra sociedad

De la carta pastoral Porque es eterna su misericordia del obispo de Alcalá Juan Antonio Reig Pla con motivo de los XXV años de la restauración de la diócesis complutense y el Jubileo de la Misericordia

CUÁL es el problema de este sacramento? ¿Por qué las personas han dejado de ir a confesar? ¿Por qué los mismos sacerdotes han mostrado menos disponibilidad para la confesión? La razón hay que buscarla en la crisis de fe, en la decadencia del espíritu y la pérdida de la conciencia de pecado que ha provocado la secularización y sus consecuencias. Del mismo modo que san Juan Pablo II al constatar la descristianización, convocó a una nueva evangelización, Benedicto XVI convocó el Año de la Fe y nos regaló, junto con el papa Francisco, la encíclica *Lumen fidei*. El resumen es muy claro: quien no tiene la luz de la fe no ve, no reconoce sus pecados. Es un ciego y necesita la luz.

Encender la lámpara de la fe es la única posibilidad de empezar a descubrir las heridas del pecado, reconocer las enfermedades del espíritu. La peor enfermedad del espíritu es el pecado que, aunque no seamos conscientes de él nos destruye igualmente y puede provocar la muerte espiritual. ¿Imagináis que mañana nos levantáramos y escucháramos en la radio o leyésemos en las portadas de los periódicos

Ésta es la peor consecuencia de la secularización: haber mutado la conciencia, haber perdido la conciencia de pecado. Ésta es la peor enfermedad porque nos insensibiliza ante el mal y nos deja indefensos ante él.

cos que los médicos están alarmados porque en el día de ayer no recibieron ninguna visita? ¿Por qué van las personas al médico? La respuesta es clara: porque están enfermos y sienten los síntomas de la enfermedad, porque buscan la salud.

Lo que ha ocurrido con la secularización y sus consecuencias es muy curioso. No es que seamos más pecadores o menos que las anteriores generaciones. No. Somos igualmente pecadores. El problema es que hemos caído en la peor de las enfermedades que es no reconocer los síntomas de la enfermedad. Es como aquel que tiene cáncer y se va corroyendo por dentro sin acudir al médico porque aún no se han manifestado los síntomas de la enfermedad. Lo que ocurre en nuestra generación es peor. No sólo –por falta de luz, por falta de fe– hemos dejado de ver las sombras de nuestra vida o reconocer las

heridas del pecado, sino que hemos sufrido la peor de las mutaciones. Hemos aprendido a llamar bien al mal y mal al bien. Ésta es la crisis espiritual más seria: llamar a la enfermedad salud y dejar que la enfermedad nos lleve a la muerte del espíritu.

Pongamos algunos ejemplos para aclararnos: ¿qué es el aborto? La respuesta es evidente: el aborto es un crimen, la muerte de un inocente indefenso. ¿Cómo lo llama nuestra cultura dominante? El aborto es un derecho a decidir o la salud reproductiva. ¿Qué es la eutanasia? La eutanasia es matar o dejar morir a una persona enferma y necesitada. ¿Cómo lo llama nuestra cultura dominante? Morir con dignidad. ¿Qué es el divorcio, el adulterio, la promoción de la pornografía? Son faltas contra la justicia, la fidelidad, la dignidad de la sexualidad, etc.

¿Cómo los llama nuestra cultura dominante? Son conquistas de la libertad, expresiones del amor libre y nuevos derechos.

Podríamos continuar así hasta el infinito. Sin embargo, los hechos son tozudos. El pecado es la peor de las enfermedades porque rompe la alianza con Dios y porque atenta contra los bienes de la persona. Quien miente se hace mentiroso, quien roba se convierte en un ladrón y corrupto; quien se afirma en su egoísmo quiebra su vocación al amor y se convierte en un ególatra. Ser mentiroso, ladrón, ególatra, orgulloso, vanidoso, envidioso, perezoso, lujurioso, etc. son enfermedades que destruyen a la persona. Hablemos claro. Si no vamos a confesar los pecados es porque no nos sentimos enfermos y porque hemos perdido el sentido del pecado, es decir, ya no reconocemos los síntomas del pecado porque tenemos embotada la mente y pervertido el corazón (Rm 1, 24-31). Como os decía, ésta es la peor consecuencia de la secularización: haber mutado la conciencia, haber perdido la conciencia de pecado. Ésta es la peor enfermedad porque nos insensibiliza ante el mal y nos deja indefensos ante él. Es más, nos hace desearlo como un bien en nombre de la libertad y en nombre de tantos slogans que promueven las ideologías y el consumo. Ya nos advertía de ello el profeta Isaías: «¡Ay de aquellos que llaman bien al mal y mal al bien, que cambian las tinieblas en luz y la luz en ti-

nieblas; que dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! (...) Como la lengua de la llama devora el rastrojo y como el heno es consumido por el fuego, así su raíz se pudrirá y su flor será aventada como polvo» (Isaías 5, 20.24). En resumen: el pecado destruye al hombre y no reconocerlo, aceptando el mal como bien, es el camino de la perdición. Salir de esta enfermedad epocal, de esta crisis profunda del espíritu, requiere una operación traumática. Se trata nada menos que de un trasplante de corazón y mente. En griego esta operación se llama *metanoia*, en español la traducimos por conversión. Es ni más ni menos que lo que anunciaba el profeta Ezequiel como profecía: «Arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis» (Ezequiel 36, 26-27). La decadencia del espíritu y la falta de fe han producido la dureza de corazón que nos hace insensibles al pecado.

La profecía de Ezequiel se ha cumplido en Jesucristo. Él comenzó su predicación precisamente apelando a la conversión y a la fe: «El Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). El sacramento de la conversión es el Bautismo que nos regala un corazón nuevo en quien habita el Espíritu Santo; el agua que nos limpia de todo pecado y nos regala la docilidad a la voluntad de Dios que es nuestro bien. La iniciación cristiana

es el proceso mediante el cual la Iglesia nos gesta como cristianos, nos quita la dureza de corazón y nos enseña a vivir practicando el bien y detestando el mal. Se trata de un proceso en el que toma la iniciativa la gracia de Dios que nos cura con los sacramentos y nos acoge en la Iglesia, la comunidad en la que vivimos de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y saboreamos el amor entre los hermanos.

Cuando nos falta la fe, cuando perdemos a la Iglesia, vivimos a la intemperie, donde fácilmente somos devorados por los lobos.

Por eso son tan importantes la familia cristiana, iglesia doméstica, y la comunidad cristiana, oasis en medio del desierto de este mundo. El trabajo que nos espera, pues, en este Jubileo de la Misericordia es apasionante. No se trata de promover algunas actividades. El Papa nos llama a entrar en el corazón del Evangelio para llenar los corazones del amor de Dios. La misma palabra misericordia apela al corazón de Dios que viene a sacarnos de nuestra miseria. Lo que se nos pide es continuar en la evangelización, transmitir y sostener la fe, avivar el espíritu con la gracia de Dios y proponer de nuevo el sacramento del perdón, la confesión de los pecados. Se trata de presentar al Señor nuestras llagas para que Él las cure. Él lo puede todo y como dice el salmo: «Un corazón contrito y humillado, oh Dios, tú no lo desprecias» (Sal 51, 17).

El pecado como ofensa a Dios

El «secularismo» que por su misma naturaleza y definición es un movimiento de ideas y costumbres, defensor de un humanismo que hace total abstracción de Dios, y que se concentra totalmente en el culto del hacer y del producir, a la vez que embriagado por el consumo y el placer, sin preocuparse por el peligro de «perder la propia alma», no puede menos de minar el sentido del pecado. Este último se reducirá a lo sumo a aquello que ofende al hombre. Pero precisamente aquí se impone la amarga experiencia a la que hacía yo referencia en mi primera encíclica, o sea que el hombre puede construir un mundo sin Dios, pero este mundo acabará por volverse contra el hombre. En realidad, Dios es la raíz y el fin supremo del hombre y éste lleva en sí un germen divino. Por ello, es la realidad de Dios la que descubre e ilumina el misterio del hombre. Es vano, por lo tanto, esperar que tenga consistencia un sentido del pecado respecto al hombre y a los valores humanos, si falta el sentido de la ofensa cometida contra Dios, o sea, el verdadero sentido del pecado.

San JUAN PABLO II, *Reconciliación y penitencia*, capítulo I. *El misterio del pecado*

«Me confieso sólo con Dios». No vale

Reproducimos el contenido del blog de nuestro colaborador Juan Antonio Mateo, extraído de infocatólica.com

JUAN ANTONIO MATEO

QUÉ decir a alguien que dice «yo ya me confieso con Dios» y no quiere confesar sus pecados en la confesión sacramental? Me cuesta confesar mis pecados, incluso a veces siento vergüenza. Tal vez sí sería más fácil confesarse directamente con Dios o que la Iglesia suprimiera la obligación de confesar los pecados...

Hay que aceptar la salvación que Dios nos ofrece y de la forma con que Él nos la ofrece.

Lo que me convendría, me gustaría, me apetecería... tiene muy poca importancia cuando es Dios mismo quien nos dice lo que quiere de nosotros. Y el Señor ha establecido ofrecernos su misericordia de manera ordinaria a través de la realidad de la Iglesia y de sus sacramentos.

Voy a responderle con unas palabras textuales del papa Francisco:

«Es la comunidad cristiana el lugar donde se hace presente el Espíritu, quien renueva los corazones en el amor de Dios... He aquí por qué no basta pedir perdón al Señor en la propia mente y en el propio corazón, sino que es necesario confesar humilde y confiadamente los propios pecados al ministro de la Iglesia. En la celebración de este sacramento, el sacerdote no representa sólo a Dios, sino a toda la comunidad, que se reconoce en la fragilidad de cada uno de sus miembros, que escucha conmovida su arrepentimiento, que se reconcilia con Él... Sí, tú puedes decir: yo me confieso sólo con Dios pero

nuestros pecados son también contra los hermanos, contra la Iglesia. Por ello es necesario pedir perdón a la Iglesia, a los hermanos, en la persona del sacerdote... También desde el punto de vista humano, para desahogarse, es bueno hablar con el hermano y decir al sacerdote estas cosas que tanto pesan en mi corazón.»

Como ve, en la enseñanza de la Iglesia, la confesión de los pecados graves no sólo es necesaria sino que es, además, muy saludable y conveniente. Para una fundamentación más dogmática me remito a una columna que escribí hace años con el título de *Ex-homologesis*. Y respecto a la vergüenza, también dice el Papa:

«Cuando una persona no tiene vergüenza, en mi país decimos que es un sinvergüenza... incluso la vergüenza hace bien, porque nos hace humildes, y el sacerdote recibe con amor y ternura esta confesión, y en nombre de Dios perdona.»

No viviremos a fondo este Año de la Misericordia si no redescubrimos en nuestra propia vida la maravillosa experiencia de recibir la misericordia de Dios en el sacramento de la Penitencia. En la bula *El rostro de la Misericordia*, dice el papa Francisco: «De nuevo ponemos en el centro con total convencimiento el sacramento de la Reconciliación porque nos permite tocar en carne propia la grandeza de la misericordia.»

Por tanto, si pudiendo confesarte no te confesas, no vale.

Sólo los sacerdotes que han recibido de la autoridad de la Iglesia tienen la facultad de absolver pueden ordinariamente perdonar los pecados en nombre de Cristo. (CIC 494)

La confesión individual e íntegra de los pecados graves seguida de la absolución es el único medio ordinario para la reconciliación con Dios y con la Iglesia. (CIC 1497)

La misericordia divina en los escritos de Torras i Bages

MIQUEL BORDAS PRÓSZYNSKI

*El camí de la Creu que seguí Jesucrist serà sempre el símbol del camí de la vida humana, dulcificat pel riu de misericòrdia que eixí de son cor traspassat a la Creu per la llança del soldat *.*



José Torras i Bages (1846-1916)

EL actual centenario de la muerte del venerable obispo de Vic, José Torras i Bages († 7.02.1916) coincide felizmente con el Año Jubilar de la Misericordia. Para anudar y conmemorar ambos acontecimientos, no nos será ocioso extraer del inmenso pozo de sabiduría teológica del prelado catalán algunas referencias a la misericordia divina, según podemos recogerlas en varios de sus escritos y epistolario. Aunque el Dr. Torras no dedicó específicamente ninguna de sus obras o pastorales a tratar esta materia, lo cierto es que la espiritualidad del autor del *Mes del Sagrat Cor de Jesús* (1880) y el *Discurso sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos* (1882), se nutría de una contemplación orante del

rostro misericordioso del Padre, Jesús (*Misericordiae vultus*, 1).

La consideración de la misericordia divina parte de la esencia misma de Dios, el amor. Así, el amor es el eterno instrumento de la Redención¹ y por eso exclamaba el venerable prelado: «¡Oh quien pudiera quitar de sí todo lo que repugna a Jesús, y lograr que todo el movimiento de nuestra vida correspondiese al ritmo del amor divino!»². Éste será también el ministerio del sacerdote y obispo Torras i Bages, una misión de misericordia ejercida en nombre de Cristo, según rezaba el lema paulino que adoptó: *Pro Christo legatione fungimur*. La misericordia se nos concede ordinariamente a través de los sacramentos, fruto del sacrificio expiatorio de Cristo actualizado en la Santa Misa³, y la recibimos de modo especial en el sacramento de la Penitencia⁴.

* «La potència de la Creu» (1901) en *Obres completes*, v. IV, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1987, p. 622.

1. Cf. *Epistolari*, v. III, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1996, p. 221 (carta nº 1186, de 30.03.1907, a Eduardo Sanz y Escartín).

2. Op. cit., p. 227 (carta nº 1995, de 17.04.1907, a la superiora de las Religiosas de María Reparadora de Manresa).

3. «*La mort del Calvari, en lloc d'estroncar l'amor de Jesús, el convertí en un riu que havia de regar tots els pobles i totes les èpoques del llinatge humà*», cf. «El Sant Sacrifici» (1912) en *Obres completes*, v. VI, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1898, p. 88.

4. «*El santo sacramento de la Penitencia, el misterio de oír confesiones debidamente practicado, es el instrumento de purificación de las humanas miserias que Jesús Señor nuestro estableció en su Iglesia; y de consiguiénte, la formación de las costumbres en el pueblo cristiano depende de la santa administración de este sacramento. Por esto dijo el santo pontífice Pío V: "Dadme confesores idóneos y daros he la plena reformation de todos los cristianos"*», cf. «Exhortación (7.03.1911)» en *Obres completes*, v. VII, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1990, p. 308.

El sermulario del joven sacerdote José Torras recoge algunas perlas, como la homilía predicada el primer domingo de agosto de 1880 en el templo de Santa María de su Vilafranca del Penedés, sobre la misericordia divina. Enseñaba el presbítero catalán que dentro de la pluralidad de vocaciones, los caminos por los que nos conduce la Providencia divina pueden reducirse a dos: el de la justicia y el de la misericordia. Con todo, en los tiempos modernos, sobresalía este último⁵. El camino de la misericordia de la que se vale la Providencia divina se revela a través del amor compasivo del Sagrado Corazón de Jesús. El amor es el único medio para vencer e inflamar el corazón de los hombres⁶ y para desagrar a Dios a través de la mediación de Jesucristo, que nos impetra ante el Padre la reconciliación y la restauración de nuestra condición filial.

En la cuaresma del año anterior, Torras i Bages había comentado el *Miserere* del rey David. Así, el salmo 50 representa un compendio de todos los misterios de la miseria humana y de la misericordia divina. Por la misericordia divina se nos otorga originariamente el ser a todos, buenos y malos, y también se nos restaura, a través de la conversión y el perdón de los pecados: «*la primera gracia siempre es gratuita*»⁷, puesto que para perdonar cualquier pecado se requiere toda la omnipotencia de Dios. Gracias a la sangre del Cordero, la misericordia divina borra nuestra iniquidad, la hace desaparecer, no sólo la cubre con su manto.

La misericordia divina fue, asimismo, uno de los temas recurrentes en la predicación cuaresmal de Torras i Bages desde el púlpito de su catedral vicense. Así, en el cuarto domingo de cuaresma de 1901 pronunció un sermón sobre el ejercicio de la misericordia: ésta es, para el obispo de Vic, el atributo divino más visible y el lazo de afecto especial de Dios a los hombres, ya que el amor de Dios no se une por la misericordia en la Santísima Trinidad, a los ángeles

5. «*A la societat d'avui dia no la porta Déu pel camí de la justícia, puix si així fos, ja l'hauria destruïda mil vegades; li dóna de tant en tant algun càstig rigorós per fer-la despertar, mes lo cert és que la crida amb la misericòrdia*», cf. *Obres completes*, v. VIII, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1991, p. 357.

6. «*L'amor té el privilegi de que als vençuts se'ls fa seus de cor, i se li queden tan adherits com si fossin pròpia substància*», cf. «*L'atletisme cristià*» (1910) en *Obres completes*, v. V, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1988, p. 538.

7. Op. cit., p. 221.

El camino de la misericordia de la que se vale la Providencia divina se revela a través del amor compasivo del Sagrado Corazón de Jesús.

o a las demás criaturas no humanas. Por ello, identificaba el Dr. Torras i Bages la gracia cristiana con la misericordia. Y es que toda la vida terrena de Jesucristo fue un hacer misericordia, tanto en el aspecto espiritual como corporal. Torras i Bages enseñaba en aquella homilía, según la transcribe resumida el compilador, que: «*La misericòrdia és envers la misèria, i l'home és miserable, perquè perdé tots els seus béns, tota l'herència amb el pecat d'Adam. En el misteri de l'Encarnació brillen tots els atributs divins, mes cap com la misericòrdia (...). No hi ha misèria com la del pecat, i Jesús exercí la seva misericòrdia amb aquests miserables. Perdonà l'adúltera, esperà al brocal del pou de Jacob a la Samaritana i convertí d'una manera interna, misteriosa, a Magdalena. (...) El distintiu del cristià ha d'ésser també la misericòrdia, com ho ha sigut de tots els sants. Allà on la beneficiència és exercida, allí hi ha esperit cristià. Quan una família, quan una població, quan un cui-*

da remeiar les misèries del pròxim, tingueu per segur que allí regna Jesucrist»⁸.

De ahí la necesidad de practicar la misericordia, pero sin querer esperar ningún tipo de recompensa o agradecimiento en este mundo, sino en el Cielo. Unos años después, en 1908, apuntaba a los motivos de confianza que hemos de

tener sobre nuestra salvación: primeramente la misma creación de Dios —puesto que hemos sido creados para ser salvados— y, en segundo lugar, porque la misericordia de Dios se ha expresado máximamente para con nosotros en el hecho de habernos mandado el Padre a su Hijo. En 1910, desde el mismo púlpito, el obispo catalán predicaba en el tercer domingo de cuaresma que la misericordia es la ley de Jesucristo: «*tota l'acció de Déu envers la criatura és de misericòrdia, perquè nosaltres no tenim cap dret sobre de Déu; així com Déu té tot dret sobre nosaltres, perquè nosaltres i tot lo nostre és de Déu. D'aquí ve que les obres de misericòrdia que fem al pròxim són en certa menra (sic) obres de justícia, perquè les havem de fer per Déu*»⁹. Y es que en el Juicio final seremos juzgados según las obras de misericordia que hayamos ejercitado, toda vez que, según aclaraba en el sermón del cuarto domingo de la cuaresma de 1913, nuestras misericordias con el prójimo sirven para pagar nuestras deudas de justicia¹⁰. En aquella ocasión,

8. Op. cit., pp. 32-33.

9. Op. cit., p. 106.

10. Por esta razón había escrito aquel mismo 1913 en su discurso *La fe i la poesia*: «*en la consumació de les coses, en el Regne etern, a l'arribar la perfecció defini-*

llamaba el Dr. Torras a Nuestro Señor la manifestación de la misericordia divina hacia los hombres, siendo su Evangelio prueba de ello. A fin de cuentas, «*El Cel és la glorificació de la misericòrdia: sense la misericòrdia de Déu no hi hauria Cel; sense la misericòrdia de Déu no hi haurien entrat a la Glòria. El càntic dels benaventurats és un càntic etern a la misericòrdia, com el càntic dels viadors és un cantic d'esperança en la misericòrdia divina*»¹¹.

En una carta a la priora del Carmelo de Vic, de 16.03.1903, para consolar a ese convento por la reciente muerte de tres hermanas, escribía el obispo Torras i Bages reflexionando sobre la misericordia: «*Lo Pare celestial coneix la nostra misèria i flaqueza i si apreta per una part, per altra ajuda i confort. La confiança en Déu és la base de la vida cristiana i molt més de la vida religiosa, i aquesta confiança mai queda defraudada, puix Déu té molts medis per a ajudar als seus fills de la terra, que fills de Déu som tots los qui havem sigut regenerats per la gràcia del nostre Redemptor Jesús. I si els homes són misericordiosos amb sos fills, molt més ho serà lo Pare celestial, que és Pare d'infinita perfecció. Deixem-nos, doncs, sempre en les seues amoroses mans amb tranquil·litat, pau i confiança i l'experiència nos demostrarà que Déu mira per nosaltres i que la seua misericòrdia és infinita. Vol que passem tribulacions per a que tingam ocasions d'exercitar la virtut, oferir-li sacrificis i conèixer la nostra misèria i la necessitat que tenim d'Ell. Quan los sentiments del nostre cor no troben consol a la terra se dirigeixen al Cel*»¹².

Como vemos, en Torras i Bages es insistente la necesidad de corresponder y no despreciar la misericordia que nos regala Dios, en lo que constituye un

tiva, la sublim jerarquia de la justícia i de la misericòrdia es manifestarà en tota la seva magnificència; mes, per arribar-hi, hem de seguir el camí de la santa Creu», cf. *Obres completes*, v. II, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1986, p. 208.

11. Cf. *Obres completes*, v. VIII, op. cit., p. 132.

12. Cf. *Epistolari*, v. II, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1995, pp. 385-386 (carta nº 810).

presupuesto para la vigencia de la caridad social y, en definitiva, del reinado de Cristo: «*Les misericòrdies divines són innumbrables, (...) tots els actes de virtut que practiquem, tots els mèrits que adquirim són un efecte de la misericòrdia divina; però aquesta misericòrdia suposa sempre la cooperació de la nostra voluntat, sense la qual la misericòrdia de Déu, que visita la nostra ànima, es convertiria, sense la nostra cooperació, en una acusació formidable contra la nostra consciència, que per això ensenya l'angèlic mestre sant Tomàs d'Aquino, que els pecats dels cristians són més greus que els dels gentils, i en l'altre món seran també molt més rigorosament castigats*»¹³.



En su pastoral *L'amor típic* (1909), además, aludía a la «justificación por el amor», como sucedió con María Magdalena, que ungía con trita y amante los pies de Jesús: «*Aquest amor purificant, nosaltres el trobarem amb una devoció sòlida al Sagrat Cor de Jesús, amb una devoció d'afectes i d'obres, acompanyant a l'oració l'exercici de la misericòrdia. La misèria humana en aquell qui és misericordiós queda tapada sota el ric mantell de la gràcia divina, diu l'Esperit Sant* (1 Pe

4, 8); i l'experiència del ministeri sagrat ensenya que la pràctica de la misericòrdia envers el pròxim, quan és recta i pura, eleva a l'home, el posa en comunicació amb Déu i el fa amic de Déu»¹⁴.

Misericordia y caridad práctica son fundamento del mensaje evangélico de Jesús: «*L'Evangeli va començar a predicar-se amb aquelles paraules: més m'estimo la misericòrdia que no pas lo sacrifici; i de consegüent eixes cases (los hospicios de ancianos) que tenen per ofici exercitar la misericòrdia són per excel·lència les cases de Déu i els santuaris de l'amor del sacratíssim Cor d'aquell Jesús que posava la caritat com la substància de la seva llei*»¹⁵.

13. Cf. «La caiguda de la França cristianíssima» (1907) en *Obres completes*, v. V, op. cit., p. 282.

14. Cf. *Obres completes*, v. V, op. cit., pp. 479-480.

15. Cf. *Epistolari*, v. IV, Publicacions de l'Abadia

A su vez, la sociedad moderna, que ha rechazado a Dios, resulta caduca y débil, dado que «*Más que pasiones altaneras que domeñar (aunque también las haya) tiene torpezas y miserias propias de toda situación de decadencia*»¹⁶. En particular, como escribió en *Los excesos del Estado* (1906), esta miseria de las sociedades y estados modernos se percibe por su soberbia laicista que abstrae de Dios y reniega de toda misericordia: «*Suplantar a Dios para colocar en su lugar el Estado significa matar todo derecho. Ante Dios, ante el Poder absoluto, nada tiene derecho. Nosotros los cristianos sostenemos que tenemos derecho hasta ante Dios, pero por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, que quiso comunicárnoslo; mas ante el Estado absoluto, que no es ni puede ser misericordioso, ¿quién tendrá derecho? (...) ¿Podemos fiarnos de la gracia del Estado como de la gracia de Dios?*»¹⁷. Pero precisamente estas sociedades descreídas y egoístas, aquejadas de tremendas tensiones sociales, necesitan y son objeto de la misericordia de Cristo: «*Aquel que ha hecho curables a las naciones y tiene tesoros de sabiduría y abismos de misericordia (...) hace resonar con mayor elocuencia los latidos de su Corazón vibrante de amor*»¹⁸. Misericordia que se renueva a través de la obra benéfica eclesial de tantas órdenes religiosas, antiguas y nuevas¹⁹. Por tanto, en su postrera pasto-

de Montserrat, Barcelona 1997, p. 436 (carta nº 2008, a Mn. Francisco Testagorda, capellán de las Hermanitas de los Pobres de Manresa).

16. Cf. «Discurso sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos» en *Obres completes*, v. I, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1984, p. 54.

17. Cf. *Obres completes*, v. III, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1987, p. 197.

18. Cf. «Discurso...», op. cit., p. 71.

19. «*El fruto del crimen tiene quien le recoja para convertirlo en fruto de bendición de Cristo, la víctima del vicio y el desecho de las pasiones encuentra manos cariñosas que reparan sus voluntarios quebrantos, el anciano a quien el moderno feudalismo de la industria, peor que el antiguo que contraía para con sus siervos alguna obligación, ha estrujado mientras tuvo fuerzas, y que después abandona, halla mujeres amorosas como hijas que sirven de báculo a sus últimos días; hay maestros para los hijos del pobre y para los del rico, y otros que van buscando discípulos, con más ahínco que el avaro busca el oro, por entre las perdidas calles de nuestras grandes ciudades; como hubo monjes guerreros hay religiosos y clérigos periodistas, y así*

ral *La ciència del patir* (1916) exhortaba a su pueblo «*Perquè Déu omnipotent i Pare de les misericòrdies, per mediació de son Fill encarnat, envii al món el seu Esperit, que és amor substancial, i que de tot el nostre llinatge en faci un sol poble de germans, units els uns amb els altres amb el suavíssim vincle de la caritat. I per a obtenir aquesta misericòrdia divina, (...) sapiguem mortificar les nostres passions, reprimir els vicis, practicar la ciència del patir, (...) veient en tot la mà de Déu que ens condueix pels camins que més ens convenen per a arribar a la salvació eterna; (...) i arribarem a la Glòria que ens meresqué el nostre adorable Redemptor*»²⁰.

Por último, cabe señalar que esta misericordia que nos llegó por el Hijo de Dios, tuvo una Madre. En su pastoral dedicada a María, *Gràcia d'una dona* (1904), afirmaba Torras i Bages: «*Lo cert és que la primera vegada que l'Esperit de Déu vingué al món per a donar principi al nou ordre de coses, a la Llei de gràcia per la qual es regeix la humanitat cristiana, vingué en virtut de sa libèrrima misericòrdia, però també per una atracció admirable que exercí Maria en l'Esperit de Déu, prenent-la per Esposa segons el llenguatge piadós de nostra santa Mare la Iglésia; i si la introducció en el món de l'Esperit Sant s'obrà per mediació de Maria (...) Ella serà el llaç que uneix el Criador amb la criatura en la relació de la gràcia sobrenatural*»²¹. No es de extrañar, por tanto, que en una exhortación de 1912 dedicada al Rosario, reconociese el obispo Torras que: «*La Iglésia no ha trobat mitjà més apropiat per inclinar el Cor de Jesús, Fill de Déu i Fill de Maria, a la misericòrdia, que la intercessió d'aquesta Reina del Santíssim Rosari*»²².

como los hubo, hay labradores, han aparecido otros industriales y quién sabe si van a adquirir aún mayor desarrollo e importancia. Nosotros no vemos el espectáculo porque formamos parte de él; pero es cierto que a pesar de los estragos del error y de la extensión de la maldad, no hay hoy día necesidad alguna que no esté subvenida por medio de las nuevas órdenes» cf. «Discurso...», op. cit., pp. 54-55.

20. Cf. *Obres completes*, v. VI, op. cit., pp. 419-420.

21. Cf. *Obres completes*, v. V, op. cit., p. 83.

22. Cf. *Obres completes*, v. VII, op. cit., p. 335. Por esto recordaba nuestro devoto apóstol del Rosario que: «*L'oració és la clau dels tresors de la divina misericòrdia*», op. cit., p. 334.



Tu misericordia, «de generación en generación»

Antiguo Testamento (IV): la Pascua, una Nueva alianza

GERARDO MANRESA

LA descendencia de Abraham, tal como le había dicho Yahvé, peregrinó a Egipto (Gn 15,13) y tras unos primeros años de vida tranquila en este país gracias a José, el hijo de Jacob vendido por sus hermanos, estuvo en servidumbre y afligida durante cuatrocientos años. Como se hacían muy numerosos, los egipcios los temían, pues podían alzarse contra ellos. Y cuanto más les temían, más les oprimían y cuanto más oprimido era el pueblo por los egipcios, más se multiplicaba. La situación era cada vez más insostenible para el pueblo de Yahvé, y las oraciones del pueblo se elevaban a Él para pedir por su libertad. Yahvé, por designios misteriosos salvó a Moisés de la muerte cuando era niño y lo formó y estuvo muy cerca de él para que fuera a liberar a su pueblo de la opresión de los egipcios.

Nadie creía en esta posibilidad, pues la esclavitud del pueblo era tan grande que ni siquiera el mismo Moisés creyó en principio a Yahvé: «He oído los gritos que le arranca su opresión y conozco sus dolores. He bajado para librarle de las manos de los egipcios y llevarle a una tierra que ofrece leche y miel.» (Ex 3, 7-8). La respuesta de Moisés es de incredulidad: «¿Y quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» (Ex 3,11). Pero cuando Dios promete nunca falla y a Moisés le prometió toda su ayuda para liberar al pueblo judío de la opresión egipcia.

La respuesta del Faraón a la propuesta hecha por Moisés y Aarón solicitándole la salida del pueblo judío de Egipto fue el endurecimiento de la situación del pueblo de Yahvé. Esto motivó que el pueblo judío olvidase las promesas de Yahvé a Moisés y los principales del pueblo dijese a Moisés y Aarón: *Vosotros habéis sido causa de que el Faraón no pueda vernos y habéis puesto la espada en sus manos para que nos mate.* (Ex 5,21). También Moisés fue a quejarse a Yahvé de esta nueva opresión al pueblo; Yahvé volvió a prometerle que Él iba a liberar al pueblo de la esclavitud egipcia, pero el pueblo no creyó esta nueva promesa. (cf. Ex 6,9).

Pero la misericordia de Yahvé no tiene fin y su palabra es siempre fiel y, aun después de varias pruebas, el Faraón decidió no dejar salir al pueblo de Israel de Egipto. A pesar de la negativa, Yahvé continúa hablando como si ya se hubiera conseguido la liberación

y hace una alianza con su pueblo e instituye la fiesta de la Pascua: *Este será para vosotros el mes principal, será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: el diez de este mes cada uno procurará una res para su familia, una por casa. (...) Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito. (...) Con la sangre rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido.* (Ex 12, 2.3.5.7)

Y así se verificó una de las mayores misericordias de Yahvé a pesar de las dudas de su pueblo y les liberó de la esclavitud de Egipto con el paso a través del Mar Rojo y ahogando a todo el ejército egipcio que les perseguía. El pueblo de Israel reconoció este gran milagro y cantó este precioso himno a Yahvé:

«Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, / caballos y carros ha arrojado en el mar. / Mi fuerza y mi poder es el Señor, / Él fue mi salvación. / Él es mi Dios: yo lo alabaré; / el Dios de mis padres: yo lo ensaltaré. / El Señor es un guerrero, / su nombre es "El Señor". / Los carros del faraón los lanzó al mar, / ahogó en el Mar Rojo a sus mejores capitanes. / Las olas los cubrieron, / bajaron hasta el fondo como piedras. / Tu diestra, Señor, es magnífica en poder, / tu diestra, Señor, tritura al enemigo (...) Decía el enemigo: "Los perseguiré y alcanzaré, / repartiré el botín, se saciará mi codicia, / empuñaré la espada, los agarrará mi mano". / Pero sopló tu aliento y los cubrió el mar, / se hundieron como plomo en las aguas formidables. / (...) / Extendiste tu diestra: se los tragó la tierra, / guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado, / los llevaste con tu poder hasta tu santa morada. / Lo oyeron los pueblos y temblaron, / el terror se apoderó de los habitantes de Filistea. / Se turbaron los príncipes de Edón, / los jefes de Moab se estremecieron, / flaquearon todos los habitantes de Canaán. / Espanto y pavor los asaltaron, / la grandeza de tu brazo los dejó petrificados, / mientras pasaba tu pueblo, Señor, / mientras pasaba el pueblo que adquiriste. / Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, / lugar del que hiciste tu trono, Señor, / santuario, Señor, que fundaron tus manos. / El Señor reina por siempre jamás». (Ex 15,1-21).

Esta fue una gran misericordia de Yahvé con su pueblo que aún en la actualidad es motivo de recuerdo y causa de la más grande festividad de todo Israel.



Tu misericordia, «de generación en generación»

Nuevo Testamento: el buen samaritano (Lc 10, 29-37)

San Severo de Antioquía

Homilía 89: Cristo se hace samaritano y nos visita.

«Cristo cura la humanidad herida»

AL fin pasó un samaritano. Cristo se da adrede el nombre de samaritano. Él, de quien se había dicho, para ultrajarle: «Eres un samaritano y estás poseído de un demonio» (Jn 8,48). El samaritano viajero, que era Cristo –porque ver-



La parábola del Buen Samaritano, de Giacomo Conti (s. XIX).
Iglesia de la Medalla Milagrosa, Mesina.

daderamente viajaba– vio a la humanidad que yacía en tierra. Y no hizo caso omiso, porque el fin de su viaje era «visitarnos» (Lc 1,68.78) a nosotros por quienes bajó a la tierra y se alojó en ella. Porque no solamente «apareció, sino que conversó con los hombres» en verdad (Ba 3,38).

Sobre nuestras llagas derramó vino, el vino de la Palabra, y como la gravedad de las heridas no soportaba toda su fuerza, lo mezcló con el aceite de su dulzura y su «amor por los hombres» (Tt 3,4). Seguidamente condujo al hombre al hostel. Da a la

Iglesia este nombre de hostel, por llegar a ser el lugar donde habitan y se refugian todos los pueblos... Y, una vez llegados al hostel, el buen samaritano mostró al que había salvado una solicitud todavía mayor: Cristo mismo estaba en la Iglesia, concediendo toda gracia. Y al jefe del hostel, símbolo de los apóstoles, y pastores y doctores que le han sucedido,

les da al marchar, es decir, al subir al Cielo, dos monedas de plata para que tengan gran cuidado del enfermo. Podemos entender que estas dos monedas son los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, el de la Ley y los profetas, y el que nos ha sido dado con los evangelios y los escritos de los apóstoles. Los dos son del mismo Dios y llevan en sí la única imagen del único Dios de lo alto, igual que las monedas de plata llevan la imagen del rey, e imprimen en nuestros corazones, por medio de sus santas palabras, la misma imagen del rey, puesto que es uno sólo y el mismo Espíritu el que las ha pronunciado. Son

las dos monedas de un solo rey, dadas por Cristo al mismo tiempo y con el mismo título al jefe del hostel.

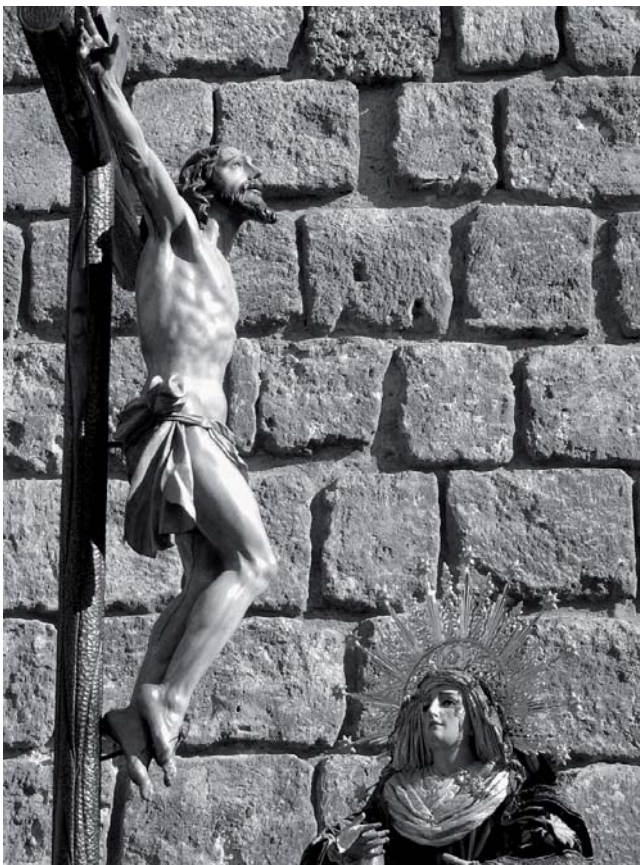
En el último día, los pastores de las santas iglesias dirán al Amo del hostel, a su regreso: «Señor, me diste dos monedas de plata, he aquí que, empleándolas, he ganado otras dos con las que he engrandecido el rebaño». Y el Señor responderá: «Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante. Pasa al banquete de tu Señor» (Mt 25, 21).



Santuarios dedicados a la divina Misericordia

Cristo de las Misericordias de Sevilla

JUAN MARÍA PÉREZ-MOSSO



El Cristo de las Misericordias se encuentra con santa María de la Antigua en la procesión de Viernes Santo en las calles de Sevilla

La Semana Santa, «Taller de santidad»

No podemos por menos que apreciar, valorar y defender las manifestaciones de la piedad popular, a la que sirven nuestras hermandades y cofradías, —son palabras de Mons. Asenjo Pellegrina, siendo aún obispo auxiliar de la sede Hispalense, el día 3 de abril de 2009— cofradías que proclaman en la calle, de una forma extraordinariamente plástica y bella, la Buena Noticia de la Salvación, el misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, que la Iglesia renueva y actualiza en la liturgia en los días santos que se acercan. Es verdad que en el inmediateo postconcilio, no faltaron voces en la Iglesia que afirmaban que el ciclo vital de las hermandades y

cofradías y de todas sus manifestaciones estaba periclitado. Supuestamente habrían cumplido una etapa importante en la vida de la Iglesia, pero ahora estarían condenadas inexorablemente a desaparecer. Hoy nadie se atrevería a hacer estas afirmaciones. Nacidas en la Baja Edad Media, han sido las primeras formas de organización del laicado católico, desarrollando a través de los siglos una función importantísima en la piedad, en el apostolado y en la dimensión asistencial y caritativa.

A lo largo de la historia de la Iglesia, las hermandades y cofradías han sido escuelas populares de vida cristiana, de formación, de espíritu apostólico y de servicio a los pobres, cauce de presencia confesante de los católicos en la vida pública y «talleres de santidad», en frase preciosa del papa Benedicto XVI. Todo ello es hoy más necesario que nunca.

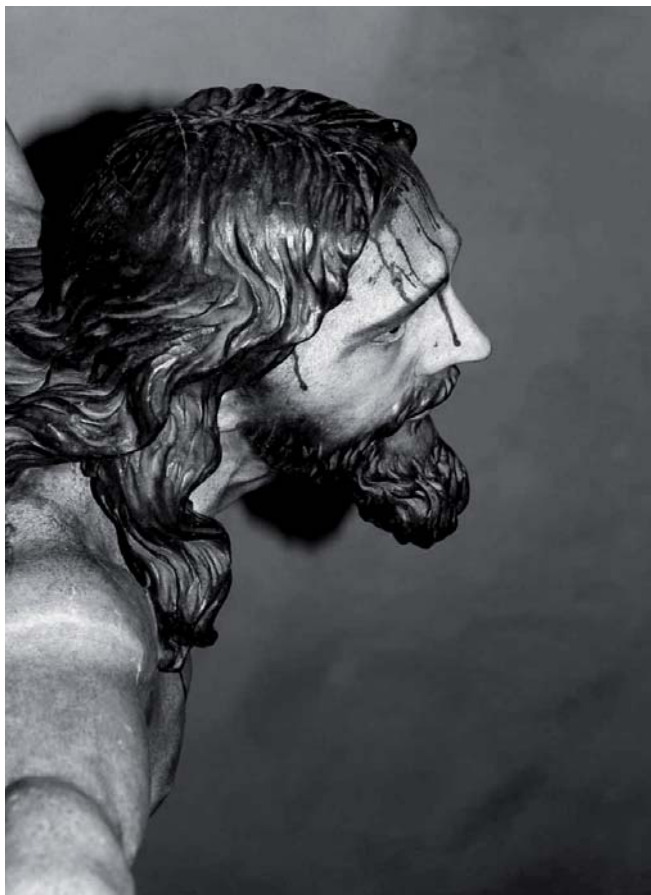
En estos momentos, la Iglesia en España está haciendo un esfuerzo importante por redescubrir la dimensión catequética de sus bienes artísticos y culturales, nacidos primariamente para la gloria de Dios, pero también para la evangelización, para ser, en frase del papa san Gregorio Magno, el *Evangelium pauperum*, que no significa tanto el «Evangelio de los pobres», cuanto «el Evangelio en piedra, en madera o en metal para la evangelización de los iletrados.»

En barrio de Santa Cruz, «Misericordias»

LA imagen del Cristo de las Misericordias es una de las imágenes procesionales de la Semana Santa de Sevilla; esta imagen se venera en la iglesia parroquial del famoso barrio sevillano de Santa Cruz.

La imagen recoge uno de los instantes previos al último estertor, siendo opinión generalizada que su boca se encuentra en actitud de hablar, y que esto junto a su penetrante mirada perdida en lo alto, bien podría recoger el pasaje evangélico en que Jesús se dirigió al Padre preguntándole angustiosamente por qué lo había abandonado «Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?».

Construida la imagen para ser contemplada en el retablo de una pequeña capilla, sus dimensiones son



En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su Pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz.

Misericordiae vultus

inferiores a la de la mayoría de los crucificados procesionales sevillanos, pues mide 167 cms. de pies a cabeza, y 145 cms., de mano a mano. La materia prima en la que fue tallada la obra es madera de ciprés, los ojos son de cristal, y los dientes de marfil. No está documentado quien fuera el artista o artistas que participaron en la hechura de la imagen, aunque se cree, a juzgar por los rasgos técnicos y estilísticos que posee la obra, que se debe a la producción de Pedro Roldán y su taller, datándose su hechura aproximadamente en los años setenta u ochenta del siglo XVII.

Documentalmente consta que en determinados momentos de su existencia la imagen no estuvo debidamente cuidada, sabiéndose además que se aconsejaba su restauración en 1844, por lo que no debía estar en muy buen estado cuando se decidió que procesionase en la Semana Santa de 1905, por lo que se asegura que fue sometida a restauración que llevaría a cabo el escultor Emilio Pizarro y Cruz, que bien podría ser quien le construyera la

cruz cilíndrica que sustituyó a la primitiva que era plana, y también quien rebajara la talla de la parte trasera del sudario, para poder acoplar la imagen a la nueva cruz.

Como fruto de las inquietudes de un grupo de personas devotas de la imagen del Cristo de las Misericordias que se veneraba en la iglesia parroquial de Santa Cruz, surge la fundación de esta cofradía, que ve sus primeras reglas aprobadas en tiempos del cardenal Spínola, concretamente el 13 de septiembre de 1904. Estableciéndose en estos estatutos su salida en la tarde del Martes Santo, se produce su primera estación de penitencia el 18 de abril de 1905 desde la iglesia conventual de Madre de Dios (calle San José), ya que el paso que le había sido prestado para la procesión —el del Duelo de la Hermandad del Santo Entierro—, no cabía por la puerta del templo de Santa Cruz. En esta su primera salida contó con un solo paso en el que se contemplaba según diarios de la época el clásico Calvario, compuesto por la imagen del Cristo de las Misericordias, la Virgen de los Dolores, realizada por Emilio Pizarro —actualmente invocada como Santa María de la Antigua—, que iba abrazada al madero, San Juan y las tres Marías.

Esta imagen procesionó hasta año incierto, pero por documentación gráfica se sabe que ya había sido sustituida por la primitiva —obra de Pizarro—, en el año 1926, siendo a partir de este año aproximadamente cuando se cambia la situación de la Dolorosa en el paso, situándose mirando al Crucificado, concretamente a su lado izquierdo.

Jesucristo es el rostro de la Misericordia del Padre

QUÉ mejor rostro podría simbolizar mejor el contenido del Año Santo que el del Cristo sufriente y expirante pero tan misericordiosos y cálido para con nosotros! Rostro de dolor y de acogimiento a la vez, sufriendo pero recibiendo a cuantos lo miran. Su mirada desparrama las Misericordias a la humanidad entera.

Jesucristo es el rostro de la Misericordia del Padre, nuestro Cristo es el rostro de la Misericordia de nuestro Padre Dios. La misericordia es la debilidad de Dios que se hace compasivo, lleno de ternura ante nuestra pequeñez.

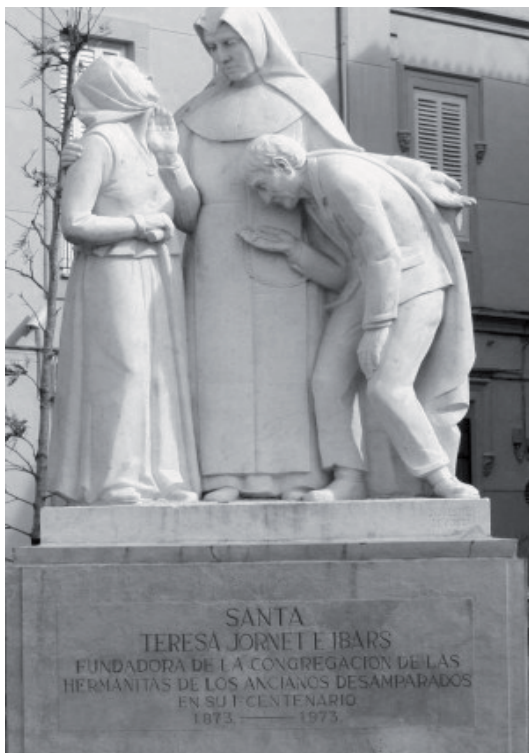
De la Virgen María decimos que es Madre de misericordia en la salve y también decimos que tiene ojos de misericordia, por lo tanto, nuestra devoción a la Virgen la unimos a la de Cristo; los dos están llenos de misericordia hacia nosotros.



Sed misericordiosos

Santa Juana Jornet e Ibars, fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados

LUIS CUESTA



Escultura ante el asilo de la comunidad de Valencia

Educación y primeros pasos

TERESA Jornet e Ibars nació el 9 de enero del año 1843, en Aitona, Lleida, aunque de adolescente se trasladó a vivir a la ciudad de Lleida con su tía Rosa. Más tarde, Teresa se traslada a Fraga (Huesca) para cursar los estudios de Magisterio y a los 19 años aprobó las oposiciones de maestra del Ministerio de Educación siendo destinada como maestra a Argensola (Barcelona). Teresa mantenía contacto con su tío, el beato Francisco Palau y Quer, hermano de su abuela materna, carmelita descalzo exclaustro, y creador de diversas instituciones religiosas de enseñanza, como las Terciarias Carmelitas. El beato Palau invita a Teresa a integrarse en esta obra y Teresa acepta; durante unos años trabajó con celo y esmero técnico en la dirección de aquellos pequeños colegios, pero sin llegar a vincularse religiosamente a dichas instituciones.

A mediados de 1868 ingresó en el noviciado del monasterio de las clarisas de Briviesca, donde permaneció por espacio de dos años; pero una inusitada enfermedad y las convulsiones políticas de la época no le permitieron profesar.

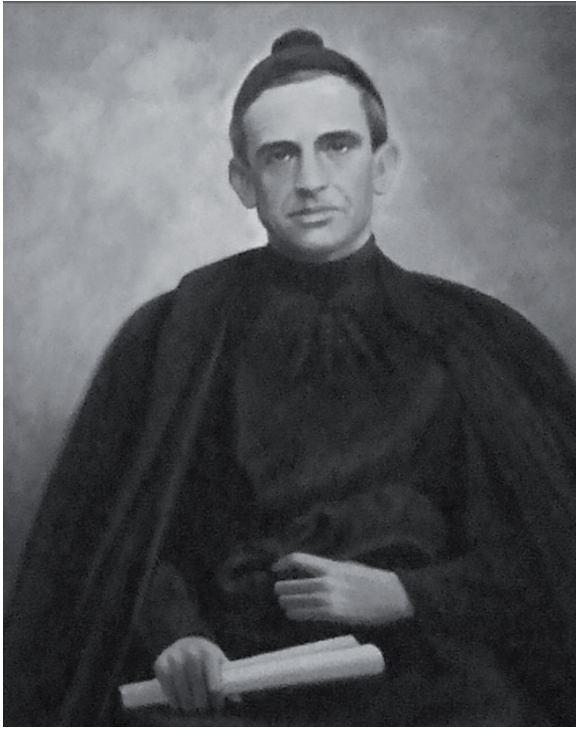
En consecuencia, Teresa se vió obligada a regresar con su familia al pueblo de Aitona y, restablecida su salud, volvió con el beato Palau que la nombró visitadora de sus escuelas. Estas experiencias en el ambiente del padre Palau le obligaron a viajar ayudándole a ampliar su conocimiento de las necesidades de la Iglesia y de las almas. Mucho le ayudaría la influencia del beato Palau a desarrollar su vida espiritual y organizar su vida de oración, sobre todo siendo contemplativa en la acción. Fallecido el beato Francisco Palau el 20 de marzo de 1872, un mes más tarde, Teresa regresó a su pueblo, «en espera de una clara luz que le manifestara el designio de Dios sobre su vida».

Vocación

ESTA luz llegó en el mismo 1872 e iluminó definitivamente su existencia. En junio de ese año acompaña a su madre a tomar las aguas termales en Estadilla, Huesca, y al regresar, se detienen en Barbastro, donde entra providencialmente en relación con el sacerdote don Pedro Llacera. Don Pedro le dio a conocer los planes de una fundación en favor de los ancianos más necesitados y le invita a integrarse en aquella empresa de vida religiosa y caritativa que por entonces inspiraban la actividad de un sacerdote, don Saturnino López Novoa.

Una luz interior se enciende en el alma de la joven, y desde entonces Teresa Jornet no piensa en otra cosa: está decidida a entregarse por entero a esta empresa. Recluta las primeras seguidoras y el 11 de octubre de 1872 regresa a Barbastro en compañía de su hermana María Jornet y de una amiga, Mercedes Calzada. Junto a otras postulantes realizan durante el mes de noviembre los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio. El 27 de enero de 1873, se realiza la solemne toma de hábito de las hermanitas en la capilla del seminario.

Teresa, al frente del nuevo Instituto como superiora general, primero designada por la autoridad eclesiástica



Saturnino López Novoa, fundador de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados junto con santa Teresa Jornet

y, después elegida y reelegida en los capítulos generales de la congregación, lo rigió con mano firme, con inteligencia lúcida y con corazón generoso.

Llevó a cabo una ingente labor organizadora de la nueva congregación. Infatigable, recorrió toda España, con las limitaciones, dificultades e incomodidades de la época para viajar, y puso en marcha 103 hogares para acoger a los ancianos más necesitados. Y realizó toda esta impresionante labor apostólica a pesar de un delicado estado de salud. Su celo apostólico y su amor a Dios y a los ancianos le daban nuevos bríos, le daban alas de ángel.

Muerte y canonización

ANTES de expirar recibió la ansiada comunicación de la aprobación definitiva de las constituciones de su instituto, redactadas por el siervo de Dios Saturnino López Novoa. Las tomó de sus manos como un verdadero código de obediencia y le dijo: «Este librito, padre, o me ha de salvar o me ha de condenar».

Su última recomendación a las hermanitas es un resumen de su vida y de su enseñanza: «Cuiden con interés y esmero a los ancianos, ténganse mucha caridad y observen fielmente las constituciones. En esto está nuestra santificación».

Santa Teresa Jornet e Ibars muere en Liria (Valencia) a los 54 años, en la mañana del 26 de agosto de 1897.

Teresa de Jesús Jornet e Ibars fue beatificada por Pío XII el 27 abril de 1958 y canonizada por Paulo VI el 27 de enero de 1974, coincidiendo con el centenario de la Congregación. Su fiesta se celebra el 26 de agosto.

Espiritualidad de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados

LA misión de la orden es acoger a los ancianos más pobres en un ambiente de familia para poder atender todas sus necesidades: materiales, de afecto y espirituales. La consigna que dejó santa Teresa Jornet fue: «Cuidar los cuerpos para salvar las almas».

Tal y como indican ellas mismas: «Hemos sido llamadas por Dios para hacer de nuestra vida una gozosa donación de amor. Nos sabemos amadas por Él y a Él nos hemos entregado totalmente como amor supremo y nuestro servicio a los ancianos quiere ser expresión y compromiso de este amor. Vivimos en comunidades de vida fraterna y expresamos nuestra consagración mediante los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, queriendo alcanzar en cada momento un espíritu de auténtica familia.»

La espiritualidad de las Hermanitas es, ante todo, cristocéntrica, es decir, Cristo es el origen, centro, impulso y meta de su vida. A Jesús las hermanitas lo encuentran también en el ejercicio de su carisma peculiar, en la asistencia a los ancianos como si fueran el mismo Cristo, así lo transmitió su fundadora: «En casa tenemos esa parte escogida de Dios, que son los pobres, y cuanto hiciéramos por ellos, Jesús lo recibe como hecho a su persona». La vida de la hermanita es una historia de amor a Jesucristo adorado en la Eucaristía y servido en los ancianos.

Asimismo, la espiritualidad mariana también está presente en la orden ya que los fundadores de la misma siempre motivaron a las hermanitas a tener «memoria viva de la consagración filial de nuestro humilde instituto a ella, esforzándonos con amorosa fidelidad a hacerla real y actuante en la comunidad y en la intimidad de nuestra vida espiritual» (*Constituciones* 171).

Por último, las hermanitas de los Ancianos Desamparados son invitadas a vivir gozosamente descansando en la amorosa Providencia de Dios, con la ternura y confianza de una niña que conscientemente está siempre segura y feliz en brazos de su madre «Confíen en el Señor que no las desamparará, ya que en los mismos ancianos sirven a aquel que cuida hasta del más pequeño pajarito y de las flores de los campos» (*Constituciones* 207). Es su forma de ser y sentirse pobres, desprendidas y disponibles. Santa Teresa Jornet repetía con frecuencia: «La Providencia es mi querida madre que nunca me ha faltado».



«Gracias, Señor, por tus misericordias»

Carlos de Foucauld:

«Todo ha sido obra tuya, Señor»

FERNANDO PUEYO TOQUERO

CARLOS Eugenio de Foucauld nació en el seno de una familia cristiana en Estrasburgo el 15 de septiembre de 1858. Hijo del vizconde de Foucauld y de Isabel de Morlet, recibió una esmerada educación religiosa en los primeros años de su vida. Sin embargo, muy pronto la desgracia comenzó a golpear a la joven familia. Francisco, el padre, sufría crisis depresivas que le llevaron a tener que ser ingresado en la Casa de la Salud de Charenton. La madre crió al pequeño Carlos y a su hermana María con gran devoción, instruyéndoles en las prácticas piadosas. Pero nuevamente la desgracia vuelve a golpear al pequeño Carlos. En 1868, en el intervalo de pocos meses, tras sendas enfermedades, su madre y su padre fallecen quedando ellos al cuidado de su abuelo, Carlos Gabriel de Morlet.

Durante el resto de su infancia, el joven Carlos continúa con su vida de piedad, fuertemente influenciado por su abuelo al que admira mucho y su prima María de Moitessier, la cual tendrá en el futuro una importancia capital para él. Sin embargo, al cumplir los 17 años la vida de Carlos se tambalea: durante su ingreso en la Escuela de la Rue des Postes se produce su rechazo a toda creencia:

La boda de su prima María con el vizconde de Bondy terminó de romper sus últimos lazos con su vida pasada. Su comportamiento egoísta, rebelde y caótico le conllevó la expulsión de la Escuela en 1876 a pesar de contar con muchas cualidades para el estudio. Finalmente, haciendo gala de una gran fuerza de voluntad consigue preparar por su cuenta exitosamente la entrada a la Escuela Militar de Saint-Cyr.

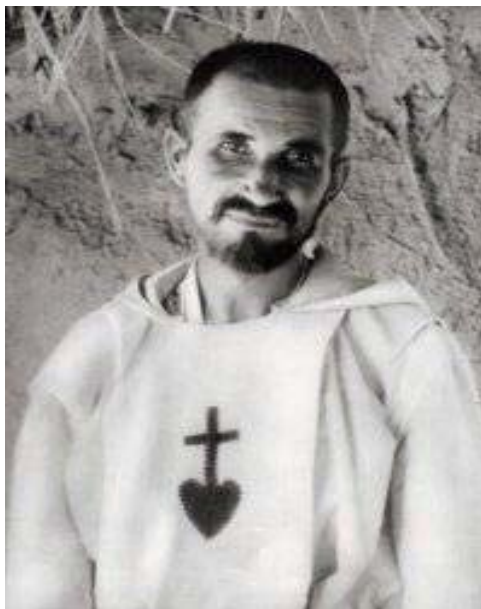
Como el mismo escribiría después en sus memorias: «Pasé doce años sin negar nada y sin creer en nada, desesperando de encontrar la verdad, no creyendo ni siquiera en Dios; ninguna prueba me parecía suficientemente irrefutable. A los 17 años era puro egoísmo, pura vanidad, pura impiedad, puro deseo del mal, estaba como enloquecido».

Su vida fue un continuo dar tumbos durante los siguientes años. En 1878, cuando acababa de obtener el ingreso a la Escuela de Caballería de Saumur, fallece su abuelo. Esto causa una gran tristeza en el joven Carlos, ya que su abuelo había sido lo más parecido a un padre que había conocido. Al cumplir la mayoría de edad y tomar posesión de las herencias de sus padres y abuelo, Carlos se abandona a una vida de derroche y lujo. Se hace asiduo a las fiestas de Saumur y adquiere los lujos más refinados y extravagantes convirtiéndose en un *gourmet* reconocido. En 1880 comienza a convivir con una mujer, Mini, lo cual le acaba acarreado su expulsión del Ejército por concubinato.

En su retiro en Nazaret en 1897 dejó escrito acerca de esos años: «Me alejaba, me alejaba cada vez más, mi Señor y mi vida comenzaba a ser una muerte, o mejor aún, era ya una muerte a vuestros ojos. Y todavía en este estado de muerte Vos me conservabais... Había desaparecido del todo la fe, pero el respeto y la estima permanecían intactos. Vos me hacíais otras gracias,

Dios mío, me conservabais el gusto por el estudio, las lecturas serias, las cosas bellas, el asco por el vicio y la abyección. Yo hacía el mal, pero no lo aprobaba ni me gustaba... Vos me distes esta vaga inquietud de una conciencia que, a pesar de estar adormecida, no estaba del todo muerta.»

En 1881 y ante la entrada en combate de su antigua unidad, pide su reingreso en el ejército bajo la condición de dejar su vida inmoral. Durante su estancia en Argelia con su unidad, Carlos experimenta esa atracción por el mundo árabe que marcará el resto de su vida. Comienza una serie de peligrosos viajes por Marruecos y Argelia que le convierten en el primer europeo en visitar en profundidad esos países. Su nombre se hizo famoso en la Sociedad Geográfica de París y a su vuelta a Francia en 1886 publica varios libros sobre sus viajes.



Sin embargo, su alma continúa apegada al mismo mal. Como escribe el propio beato: «Jamás he sentido esta misma tristeza, este malestar, esta inquietud de entonces. Dios mío, era, sin duda, un don vuestro; ¡qué lejos estaba de sospecharlo! ¡Cuán bueno sois! Y al mismo tiempo que, por una invitación de vuestro amor, privabais a mi alma de ahogarse irremediablemente, guardabais mi cuerpo: porque si entonces hubiera muerto hubiera ido al Infierno... ¡Cómo por milagro me habéis hecho salir de estos peligros en viajes, tan grandes y múltiples! ¡Esta inalterable salud en los lugares más malsanos, a pesar de mis grandes fatigas! ¡Oh, Dios mío, cómo teníais vuestra mano sobre mí, y qué poco la sentía yo! ¡Cómo me habéis guardado! ¡Cómo me cobijabais bajo vuestras alas siendo así que yo ni tan solo creía en vuestra existencia! Y mientras así me guardabais, pasaba el tiempo, y juzgasteis que se acercaba el momento oportuno de hacerme entrar en el redil».

Tras otro de sus viajes, Carlos se instala en París, cerca de su familia. El contacto con su hermana y su prima le hace volver a plantearse la fe de su niñez. Lo relata así en sus memorias:

«Al comienzo de octubre de ese año 1886, después de seis meses de vida en familia, mientras estaba en París haciendo imprimir mi viaje a Marruecos, me encontré con personas muy inteligentes, muy virtuosas y muy cristianas; al mismo tiempo, una gracia interior extremadamente fuerte me empujaba: empecé a ir a la iglesia, sin creer, encontrándome bien solamente allí, donde pasaba largas horas repitiendo esta extraña oración: ‘¡Dios mío, si existes, haz que te conozca!’ ¡Oh Dios mío! ¡Cómo tenías tu mano sobre mí, y qué poco yo lo sentía! ¡Qué bueno eres! ¡Cómo me guardaste bajo tus alas mientras yo ni siquiera creía en tu existencia!

»Forzado por las circunstancias, me obligaste a ser casto. Era necesario para preparar mi alma a recibir la verdad: el demonio es demasiado dueño de un alma que no es casta. Al mismo tiempo me hiciste volver a estar con mi familia donde fui recibido como el hijo pródigo. Todo eso era tu obra, Dios mío, obra tuya solamente... Un alma hermosa te secundaba, pero con su silencio, su dulzura, su bondad, su perfección... Me atraíste por la belleza de esa alma. Me inspiraste entonces este pensamiento: puesto que esta alma es tan inteligente, la religión en la que cree no puede ser una locura. Estudiemos entonces esa religión: tomemos un profesor de religión católica, un sacerdote instruido, y veamos qué pasa, y si hay que creer lo que ella dice.»

Esa alma a la que hace mención el beato es la de su prima, María de Moitessier, que sin duda tuvo una importancia capital a lo largo de toda su vida. Y continúa:

«Me dirigí entonces al padre Huvelin. Le pedí lecciones de religión: él me hizo arrodillar e hizo que

me confesara, y me envió inmediatamente a comulgar... ¡Si hay alegría en el Cielo por un pecador que se convierte, la hubo cuando entré en ese confesionario! ¡Qué bueno que has sido! ¡Qué feliz que soy! (...) Mi Señor Jesús, tú pusiste en mí ese amor por tí, tierno y cada vez más grande, ese gusto por la oración, esa fe en tu Palabra, ese sentimiento profundo del deber de la limosna, ese deseo de imitarte, esa sed de realizar el mayor sacrificio que me fuera posible hacerte. Deseaba ser religioso, vivir sólo para Dios. Mi confesor me hizo esperar tres años.

»¡Qué influencia bendita tuvo en mi vida la peregrinación a Tierra Santa!, aunque la hice a pesar mío, por pura obediencia al padre Huvelin... Después de haber pasado Navidad de 1888 en Belén, de haber escuchado la misa de medianoche y recibido la sagrada Comunión en la santa Gruta, me volví a Jerusalén después de dos o tres días. La dulzura que sentí al rezar en esa gruta donde resonaron las voces de Jesús, de María, de José, fue indecible. Tengo sed de llevar la vida que entreví, que adiviné, caminando por las calles de Nazaret, que pisaron los pies de Nuestro Señor, pobre artesano perdido en la abyección y la oscuridad...»

Carlos se siente llamado a dejar todo para seguir a Jesús. Y el 15 de enero de 1890, entra en la Trapa:

«El Evangelio me mostró que el primer mandamiento es amar a Dios con todo mi corazón y que había que encerrar todo en el amor; todos saben que el primer efecto del amor es la imitación. Me pareció que nada me ofrecía mejor esta vida que la Trapa.»

Tras siete años de trapense en el convento Notre-Dames-des-Neiges parte hacia Tierra Santa donde las hermanas clarisas de Nazaret lo tomaron como sirviente. Durante su estancia en Nazaret fue donde el beato escribió la Regla de los Hermanitos.

Pero Carlos anhela el sacerdocio y, tras recibir la aprobación del padre Huvelin, recibe las Sagradas Órdenes en 1901. Tras esto, parte hacia África y se instala en Beni-Abbés (Argelia) primero y más tarde entre los touaregs, nómadas del desierto del Sáhara. A pesar de que el Señor no le premió con compañeros que le ayudasen en sus ansias de evangelización, Carlos continuó con su labor apostólica entre los pueblos del Magreb. Finalmente, tras una larga vida de entrega a Dios, Carlos de Foucauld fue asesinado en 1916 durante unas fuertes revueltas en el norte de África consecuencia de la primera guerra mundial. El 13 de noviembre de 2005 fue proclamado beato por Benedicto XVI. De sus escritos y espiritualidad han surgido hasta 10 congregaciones religiosas, entre las que destacan los hermanitos de Jesús, las hermanitas de Jesús, las hermanitas del Sagrado Corazón, las hermanitas del Evangelio, las hermanitas de Nazaret, los hermanitos del Evangelio y la fraternidad Jesús Caritas.



Los santos nos hablan de la misericordia

María merece la confianza de todos los pecadores

San Alfonso M^a de Liguorio, *Las glorias de María*

SAN Epifanio llama a María «la de los muchos ojos»; la que es todo ojos para ver de socorrer a los necesitados. Exorcizaban a un poseído por el demonio; y al preguntarle el exorcista qué hacía María, respondió el poseso: «baja y sube». Quería decir, que esta benignísima Señora no hace otra cosa más que bajar a la tierra para traer gracias a los hombres, y subir al Cielo para obtener el divino beneplácito para nuestras súplicas. Con razón san Andrés Avelino llama a la Virgen la administradora del Paraíso que de continuo se ocupa de obtener misericordia, impetrando gracias para todos, tanto justos como pecadores. «El Señor tiene los ojos sobre los

Señora, no presentes mis pecados en mi contra, porque yo les opondré tu misericordia.

justos» (Sal 33,16). Pero los ojos de la Señora, dice Ricardo de San Lorenzo, están vueltos tanto hacia los justos como hacia los pecadores. Y es porque los ojos de María son ojos de madre, y la madre no sólo mira porque su hijo no caiga, sino para que, habiendo caído, pueda levantarlo.

Bien lo dio a entender el mismo Jesús a santa Brígida cuando le oyó que hablando a su Madre le decía: «Madre, pídemelo que quieras». Esto es lo que siempre le está diciendo el Hijo a María, gozando en complacer a esta su amada Madre en todo lo que pide. Y ¿qué le pide María al Hijo? Santa Brígida oyó que ella le decía: «Pido misericordia para los pecadores». Como si dijese: «Hijo, tú me has nombrado Madre de la Misericordia, refugio de los pecadores, abogada de los desgraciados y me dices que te pida lo que quiera. ¿Qué he de pedirte? Te pido que tengas misericordia de los necesitados».

«Así que, oh María –le dice con ternura san Buenaventura– tú estás tan llena de misericordia, y tan atenta a socorrer a los necesitados, que parece que no tienes otro deseo ni otro afán más que éste». Y porque entre los necesitados, los más desgraciados de todos son los pecadores, afirma Beda el Venerable, María está siempre rogando al Hijo en favor de los pecadores.

Aun viviendo en la tierra, dice san Jerónimo, fue María de corazón tierno y piadoso con los humanos, que no ha habido persona que sufra tanto con las penas propias, como María con las de los demás. Bien demostró la compasión que sentía por las aflicciones ajenas en las bodas de Caná, como lo recordamos en anterior capítulo, cuando al ver que faltaba el vino, sin ser requerida, como escribe san Bernardino de Siena, tomó el oficio de piadosa consoladora. Y por pura compasión de la aflicción de aquellos recién casados, intercedió con su Hijo y obtuvo el milagro de la conversión del agua en vino.

(...) Contemplando a María, le dice san Pedro Damiano: «¿Acaso por haber sido ensalzada como Reina del Cielo te habrás olvidado de nosotros, los miserables? Jamás se puede pensar semejante cosa.

Nada tiene que ver con una piedad tan grande como la que hay en el corazón de María, el olvidarse de tan gran miseria como la nuestra». Considerando el abad Adán de Perseigne el gran poder que tiene María para con Dios, y su gran piedad para con nosotros, desbordando confianza le dice: «¡Madre de Misericordia, tan grande es tu poder como tu piedad! Tan piadosa eres para perdonar, como poderosa para alcanzar perdón. ¿Cuándo se ha dado el caso de que no hayas tenido compasión de los desdichados siendo la Madre de la Misericordia? Y ¿cuándo se ha visto que no puedas ayudar, siendo la Madre del Todopoderoso? Con la misma facilidad con que conoces nuestras miserias, las remedias cuando quieres». Alégrate –le dice el abad Ruperto– alégrate, excelsa Reina, de la gloria de tu Hijo, y por compasión, no por nuestros méritos, danos de lo que te sobra a nosotros, tus humildes siervos e hijos.

Y si tal vez nuestros pecados nos hacen desconfiar, digámosle con Guillermo de París: «Señora, no presentes mis pecados en mi contra, porque yo les opondré tu misericordia. Y jamás se diga que mis pecados pueden competir y vencer a tu misericordia, que es más poderosa para obtenerme el perdón, que todos mis pecados para condenarme».



El papa Francisco y la misericordia

«Dios no se cansa nunca de manifestar misericordia»

Reproducimos la homilía que pronunció el papa Francisco en la vigilia con motivo del día de la Misericordia.

Domingo 3 de abril de 2016.



COMPARTIMOS con alegría y agradecimiento este momento de oración que nos introduce en el Domingo de la Misericordia, muy deseado por san Juan Pablo II –hace cinco años, un día como el de hoy, en el 2005 falleció–. Y quería esto para dar cumplimiento a una petición de santa Faustina. Los testimonios que han sido presentados –por los que damos gracias– y las lecturas que hemos escuchado abren espacios de luz y de esperanza para entrar en el gran océano de la misericordia de Dios. ¿Cuántos son los rostros de la misericordia, con los que Él viene a nuestro encuentro? Son verdaderamente muchos; es imposible describirlos todos, porque la misericordia de Dios es un crescendo continuo. Dios no se cansa nunca de manifestarla y nosotros no deberíamos acostumbrarnos nunca a recibirla, buscarla y desearla. Es siempre algo nuevo que provoca estupor y maravilla al ver la gran fantasía creadora de Dios, cuando sale a nuestro encuentro con su amor.

Dios se ha revelado, manifestando muchas veces su nombre, y este nombre es «misericordioso» (cf. Ez 34,6). Así como la naturaleza de Dios es grande e infinita, del mismo modo es grande e infinita su misericordia, hasta el punto de que parece una tarea difícil poder describirla en todos sus aspectos. Recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura, encontramos que la misericordia es sobre todo cercanía de Dios a su pueblo. Una cercanía que se expresa y se manifiesta principalmente como ayuda y protección. Es la cercanía de un padre y de una madre que se refleja en una bella imagen del profeta Oseas, que dice así: «Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me inclinaba, me inclinaba hacia él para darle de comer» (11,4). El abrazo de un papá y de una mamá con su niño. Es muy expresiva esta imagen: Dios toma a cada uno de nosotros y nos alza hasta sus mejillas. Cuánta ternura contiene y cuánto amor manifiesta. Ternura: palabra casi olvidada y de la que el mundo de hoy –y todos nosotros– tenemos necesidad. He pensado en esta palabra del Profeta cuando he visto el logo del Jubileo. Jesús no sólo

lleva sobre sus espaldas a la humanidad, sino que además pega su mejilla a la de Adán, hasta el punto que los dos rostros parecen fundirse en uno.

Nosotros no tenemos un Dios que no sepa comprender y compadecerse de nuestras debilidades (cf. Hb 4, 15). Al contrario, precisamente en virtud de su misericordia, Dios se ha hecho uno de nosotros: «El Hijo de Dios con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, a cada hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Naciendo de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros en todo, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado» (*Gaudium et spes*, 22). Por lo tanto, en Jesús no sólo podemos tocar la misericordia del Padre, sino que somos impulsados a convertirnos nosotros mismos en instrumento de la misericordia. Puede ser fácil hablar de misericordia, mientras que es más difícil llegar a ser testigos de esa misericordia en lo concreto. Este es un camino que dura toda la vida y no debe detenerse. Jesús nos dijo que debemos ser «misericordiosos como el Padre» (cf. Lc 6,36). ¡Toda la vida, toda la vida nos comprometemos a esto!

¡Cuántos rostros, entonces, tiene la misericordia de Dios! Ésta se nos muestra como cercanía y ternura, pero en virtud de ello también como compasión y como participación, como consolación y perdón. Quien más la recibe, más está llamado a ofrecerla, a comunicarla; no se puede tenerla escondida ni retenida sólo para sí mismo. Es algo que quema el corazón y lo estimula a amar, porque reconoce el rostro de Jesucristo sobre todo en quien está más lejos, débil, solo, confundido y marginado. La misericordia no está detenida, sale a buscar a la oveja perdida, y cuando la encuentra manifiesta una alegría contagiosa. La misericordia sabe mirar a los ojos de cada persona; cada una es preciosa para ella, porque cada una es única. Cuánto dolor sentimos en el corazón cuando escuchamos decir: Pero, esta gente..., estos pobres, echémoslos fuera, dejémoslos que duerman en la calle... ¿Esto es de Jesús? (*Continúa en la contraportada*)



IGLESIA PERSEGUIDIDA

Quinto aniversario de la guerra de Siria: la Iglesia no abandona a su pueblo

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA



Cristianos de Homs y Alepo ayudados por AIN

EL pasado 15 de marzo se cumplieron cinco años del comienzo de la guerra civil en Siria. Esta guerra ha provocado casi ocho millones de desplazados internos, y cerca de cuatro millones de refugiados, según datos de ACNUR. Un drama humanitario sin precedentes desde la segunda guerra mundial. Lo que significa que uno de cada cinco sirios ya no vive en su hogar y se han producido 470.000 muertes, según el Centro Sirio de Investigación Política.

Acompañando a todas estas personas ha estado desde el origen de la contienda la Iglesia católica. La fundación de la Santa Sede *Ayuda a la Iglesia Necesitada* a nivel internacional se ha volcado para proporcionar ayuda y sostenimiento a todas las comunidades. En el año 2015, el apoyo enviado ha sido por un total de 3.738.000 euros.

Testimonios desde la guerra

LAS calles de Homs están inquietantemente silenciosas. Esta ciudad, que ha presenciado uno de los enfrentamientos más feroces en Siria, presenta una escena de devastación total: ventanas hechas añicos, cúmulos de escombros y muros recubiertos de agujeros provocados por las balas. Sin embargo, a pesar de un asedio que dura más de cuatro años, el corazón de la ciudad sigue latiendo.

En el laberinto de las calles del casco antiguo de Homs, el padre Jihad está a cargo de dos iglesias: la gravemente dañada de San Marón y la de San Charbel. El trayecto entre ambas es muy peligroso, de hecho el padre Jihad se ha librado por poco de

la explosión de una bomba cuando iba al encuentro con los delegados de *Ayuda a la Iglesia Necesitada*. Gracias al apoyo de esta institución, el padre Jihad puede ofrecer alojamiento y calefacción a decenas de familias para que empiecen de cero.

«Llevo ahora 33 años trabajando como sacerdote», nos dijo el padre Jihad, «pero sólo cuando llegué a Homs entendí realmente lo que significa celebrar la Misa».

«La respuesta a esta guerra es la Eucaristía: partir el pan y dar lo poco que tenemos a los que no tienen nada. Los belicistas, por definición, no comparten, pero en la Eucaristía damos gracias a Dios por ofrecernos la oportunidad de compartir su amor con los que están tan apremiantemente necesitados de él».

Los ángeles de la misericordia de Alepo

LA hermana Annie Demerjian, religiosa de Jesús María, dirige un equipo de voluntarios que distribuye y financia combustible, electricidad, víveres, medicinas y alojamiento para los habitantes de Alepo, en el corazón del conflicto sirio. Desafiando a las bombas y a los francotiradores, este equipo ha identificado más de 550 hogares en su intento de llegar a los más necesitados de una ciudad rodeada por grupos extremistas.

El DAESH (mal llamado Estado Islámico) ha cortado el abastecimiento de agua, y el suministro de electricidad está en manos del Frente Al-Nusra. La mayoría de la gente no puede pagar los gastos básicos debido a una inflación galopante. No obstante, gracias a la Hna. Annie y su equipo, ha sido posible: pagar la electricidad de ochocientos hogares, distribuir 5.000 pijamas, entregar 2.500 pares de zapatos, distribuir 7.200 abrigos y jerséis, y en-

tregar regalos de Navidad y Pascua a niños: juegos, dulces y artículos devocionales.

Mientras la violencia y la miseria van en aumento en Alepo, la Hna. Annie ha pedido a AIN que provea bonos para agua corriente y paquetes de artículos de primera necesidad (víveres, productos de aseo como jabón, champú, cepillos de dientes, entre otros), así como ayudas para pagar los alquileres.

La Hna. Annie afirma: «Si vierais Alepo, os entrarían ganas de llorar, pues gran parte de la ciudad está destruida. Si AIN no ayudara a estas personas, ¿quién sabe qué ocurriría? Realmente, AIN está ayudándonos a obrar milagros, pues no es fácil distribuir comida y mantener así con vida a 300 familias».

La ayuda continúa

EL director de AIN en España, Javier Menéndez Ros, asegura en este aniversario que «los cristianos en estos países con dificultad están probados en la fe, pero nosotros en Occidente somos probados en la caridad».

Entre los proyectos que actualmente está sosteniendo AIN se encuentran:

- Ropa y calzado, víveres y objetos de aseo para 250 huérfanos de Homs y cercanías.
- Apoyo a las religiosas evacuadas a Zeidal.
- Jabón y otros productos sanitarios para cuatrocientas treinta viudas de la archidiócesis de Homs.
- Nueva escuela para novecientos cincuenta alumnos cuyas antiguas escuelas han sido destruidas por las bombas.
- Estipendios de misa para sacerdotes católicos sirios de Homs y apoyo a seis seminaristas.
- Alojamiento, víveres, medicinas, ropa, calefacción y electricidad para cinco mil personas asistidas por la hermana Annie en Alepo.



Ayuda a la Iglesia Necesitada
Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaaliglesianecesitada.org
Teléfono: 91 725 92 12
Banco Santander: ES7400492674592814342966
Cualquier aportación, por pequeña que sea,
es muy necesaria.



Pequeñas lecciones de historia

Celia y Luis (IV): buscando la voluntad de Dios en su matrimonio

GERARDO MANRESA

EN el hogar Martin, la llegada de un nuevo hijo es, ante todo, ocasión de un inmenso reconocimiento hacia Dios y el signo del amor de Dios, de su bendición, de su providencia y de la participación en su misterio creador y redentor.

La primera hija de la familia Martin fue María: nació el 2 de febrero de 1860. Es la mayor y siempre será la preferida de su padre. Su nacimiento abre un dichoso período familiar. Cinco años de felicidad, 1860-1865, sin pruebas particulares o grandes convulsiones en la familia. El círculo de los hermanos va a ampliarse progresivamente en la armonía.

Paulina, la segunda, nacida el 17 de setiembre de 1861. Desde la primera carta de Celia se nota ya la predilección de la madre por ella. Siempre manifestó un deseo de ser religiosa. Tras casi dos años nace la buena Leonia, el 3 de junio de 1863, también llamada la pobre Leonia, por las graves dificultades y complicaciones que encontrará a lo largo de su crecimiento, tanto de salud como intelectuales. Un año después de Leonia nace Helena, el 3 de octubre 1864, y Celia no puede alimentarla como a las tres anteriores por causa de su bulto en el pecho que va desarrollándose. Necesita una nodriza. Helena reúne grandes cualidades, físicas y de inteligencia; suscita siempre admiración.

El año 1864 cierra una época familiar sin sombras, solamente la pequeña Leonia por la agravación de una enfermedad que durará hasta la primavera de 1865: latidos de corazón anormales, dolores intestinales agudos, eccema purulento. Parecen ser las primicias de una nueva etapa dolorosa, marcada por la serie de duelos que pronto va a conocer la familia Martin. Pero esta enfermedad tendrá solución por una novena a la beata Margarita María que hará su tía sor M^a Dositea.

En 1865 se inician las primeras sombras familiares. La primera alarma de la enfermedad de Celia la da ella misma al denunciar la glándula que le ha aparecido debido a un golpe que se dio en el pecho cuando era joven, como escribe en su carta de fecha 23 de abril de 1865 a su hermano Isidoro, cuando está estudiando medicina en París. Éste no toma medidas serias contra este mal que va creciendo y minará la salud de su hermana.

El primer duelo contribuye a hacer olvidar la salud de Celia y la curación de Leonia: es la muerte del padre de Luis, Pedro Francisco Martin, en junio de 1865, que deja a Celia profundamente consternada. Es su primera confrontación con la muerte.

El 20 de setiembre de 1866 nace el primer hijo de la familia, José Luis. Su madre sueña en que sea sacerdote y misionero, pero no permanece mucho tiempo en este mundo y el Señor se lo lleva al Cielo en febrero de 1867. Es la primera muerte de un hijo en la familia Martin. Pronto viene otro susto a la familia por una fuerte otitis de Helena que le dura seis meses y le puede dejar secuelas irreversibles, pero se cura sin ellas y los padres atribuyen la curación al pequeño José Luis.

En diciembre de 1867 nace el segundo hijo José Juan Bautista, el cual desde muy pequeño ya está enfermo y es poco robusto, falleciendo en agosto de 1868. El cuarto duelo de la familia, en setiembre de 1868, es la muerte de Isidoro Guérin, padre de Celia.

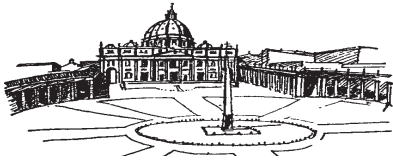
En estos años de dolor una alegría llega a la familia y es el nacimiento de Celina, en abril de 1869. Aunque débil de salud, a través de la ayuda de tres comadronas, se consigue que se salve. Ella que tendrá un carácter enérgico y voluntarista, desde pequeña lo demostró soportando estos primeros años.

El mayor dolor de la familia en estos años será la muerte de Helena. Aunque siempre tuvo poca salud, un extraño mal le acosó en febrero de 1870 y en pocos días falleció. Siendo una niña encantadora y con 6 años de edad se hizo querer por todos y el vacío que dejó en el hogar fue muy grande.

Pocos meses después, en agosto de 1870, nace Melania-Teresa, entregada a una nodriza que tenía poca leche. La niña estaba subalimentada y cuando se dieron cuenta, Celia intentó alimentarla como pudo, pero fue insuficiente y Melania-Teresa murió a los dos meses.

Cada nuevo duelo lleva consigo una nueva aflicción; todos los hijos son irremplazables a los ojos de sus padres. Después de la muerte de Melania-Teresa, escribe Celia a su cuñada: «Me encuentro desolada ¡quería tanto a esta niña! A cada nueva defunción, siempre me parece que quiero al niño que acabo de perder más que a los otros. Ésta era tan linda como un ramo de flores y además yo era la única que la cuidaba. ¡Ay, quisiera morirme yo también! Llevo dos días completamente cansada; no he comido nada, por así decirlo, y he estado de pie toda la noche entre angustias mortales.»

Pero Celia y Luis no pierden la alegría y después de pasar estos momentos de dolor grandísimo vuelven a ser el alma de la familia y a pesar de los cuarenta años de Celia y de los tristes recuerdos ¡quieren volver a ser padres!



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Centenario de las apariciones del Ángel de la Paz

EL santuario de Fátima celebró el pasado 21 de marzo el centenario de las tres apariciones del Ángel de la Paz a los pastorcillos Lucía, Francisco y Jacinta, evento que precedió a las seis apariciones de la Virgen María, que se iniciaron el 13 de mayo de 1917 en Cova de Iría y se prolongaron durante ese año.

En realidad no se conoce la fecha exacta de la primera aparición del Ángel ya que no hay datos sobre ello ni en las memorias de sor Lucía ni en los interrogatorios a los videntes y a sus familiares, pero a partir de los recuerdos de sor Lucía se sabe que fue durante la primavera de 1916.

En la primera aparición del mensajero de Dios a los tres pastorcitos portugueses, ellos vieron a un hombre joven, más blanco que si hubiera sido de nieve cuando el sol la vuelve transparente. Llegando cerca de ellos les dijo: «No teman, yo soy el Ángel de la Paz». Más tarde, junto al pozo de agua, el Ángel se les apareció nuevamente para pedirles que rezasen mucho: «¿Qué hacen? Oren, oren mucho. Los Sagrados Corazones de Jesús y María tienen designios de misericordia para vosotros. Ofrezcan constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios». «A partir de ese momento, recordaba la hermana Lucía, comenzamos a ofrecer al Señor todo lo que nos mortificaba, pasando horas seguidas postrados por tierra, repitiendo la oración que el Ángel nos había enseñado: “Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo”». Y en su última aparición, estando los niños rezando dicha oración vieron de nuevo al Ángel con «un cáliz en su mano izquierda, en el que estaba suspendida una hostia, de la cual caían algunas gotas de sangre en el cáliz. La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa que nos absorbía y nos aniquilaba casi completamente».

Con esta celebración se encara ya la recta final de la preparación del centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, preparación que dio inicio el 28 de noviembre de 2010 y concluirá el 13 de mayo de 2017, y en la que se ha insistido en mostrar la relevancia de las apariciones de Fátima para la Iglesia y para el mundo, reflexionando y difundiendo su mensaje.

Próxima celebración del «Sacro y Gran Sínodo pan-ortodoxo»

TRAS cincuenta años de durísimas negociaciones entre los diferentes patriarcados, los líderes de las Iglesias ortodoxas lograron en 2014 un acuerdo histórico en Estambul: convocar, de forma oficial y conjunta, el «Sacro y Gran Sínodo pan-ortodoxo» para el año 2016, el primero en más de mil años (desde el cisma por el que se separaron de Roma).

Actualmente existen catorce Iglesias ortodoxas autocéfalas, de Constantinopla (definido como «Iglesia madre»), de Alejandría, de Antioquía, de Jerusalén, rusa, georgiana, serbia, rumana, búlgara, chipriota, helénica, polaca, albanesa y checa-eslovaca; y algunos reconocen también a la de América) y diversas Iglesias autónomas dependientes de los patriarcados de Constantinopla, de Jerusalén, de Moscú y de Bucarest.

El pasado mes de enero los primados de las Iglesias ortodoxas autocéfalas reunidos en el Centro Ortodoxo de Chambésy (Ginebra) por invitación del patriarca ecuménico Bartolomé pusieron fecha al Sínodo (16 al 27 de junio) y definieron los textos, el reglamento y el funcionamiento de dicho encuentro, que inicialmente se iba a celebrar en la antigua catedral de Santa Irene, en Estambul, pero que ha sido trasladado a la isla griega de Creta, bajo la jurisdicción eclesiástica del Patriarcado de Constantinopla, a causa de las tensiones internacionales entre Turquía y Rusia. En el comunicado final se enumeran los temas, aprobados oficialmente, que formarán parte de la agenda del Sínodo: la diáspora ortodoxa, la misión de la Iglesia ortodoxa en el mundo contemporáneo, el sacramento del matrimonio y sus impedimentos, la importancia del ayuno y su observancia hoy y las relaciones de las Iglesias ortodoxas con otras confesiones cristianas. También se ha autorizado la participación de observadores no ortodoxos durante las sesiones de apertura y cierre del Sínodo y han decidido crear una secretaría pan-ortodoxa. Finalmente, los primados de las Iglesias ortodoxas han expresado su apoyo a los cristianos perseguidos en Oriente Medio y su preocupación constante por los dos metropolitanos de Alepo —el greco-ortodoxo Boulos Yazigi y el siro-ortodoxo Mar Gregorios Yohanna Ibrahim— secuestrados en abril de 2013.

En defensa de la Semana Santa

UNA de las expresiones de fe más elocuentes de la Semana Santa es la vivencia de la piedad popular, cristalizada en las salidas procesionales de las hermandades y cofradías. En Córdoba, cada año son más las hermandades que deciden hacer su estación de penitencia transitando por el interior de la catedral, antigua mezquita. Este hecho, que va en aumento, se ha visto hasta ahora condicionado por una dificultad de orden práctico, y es que para que todas puedan realizar su entrada es necesario abrir una segunda puerta que no ralentice la salida y entrada de los cortejos procesionales. El proyecto de apertura de esta segunda puerta, que consistiría en la adaptación de una de las celosías que dan al patio de los Naranjos, cuenta con el visto bueno de técnicos y conservadores; pero desde algunas instancias de la Administración andaluza se demora su aprobación, que es imprescindible. A la polémica del proyecto «Segunda puerta» se suma la de la disputa artificial por la titularidad del templo: desde hace más de dos años, desde distintos sectores ideológicos se está llevando a cabo una campaña continuada que quiere poner en duda la titularidad eclesiástica de este singular templo. Una titularidad que la Justicia ha venido refrendando en distintas ocasiones.

En este contexto, el pasado noviembre la Agrupación de Hermandades de Córdoba, que representa a las 37 cofradías de penitencia de la ciudad, decidió en asamblea general un hecho inédito hasta la fecha: que todas ellas pasarían por la catedral durante su recorrido. En el comunicado emitido tras dicha reunión, la agrupación aclaraba que esta decisión unánime se adoptaba tras «los últimos acontecimientos que se han generado en torno a la catedral de Córdoba, y que van desde la puesta en duda de la titularidad del templo hasta la polémica de la celosía», aludiendo así a la apertura de la segunda puerta.

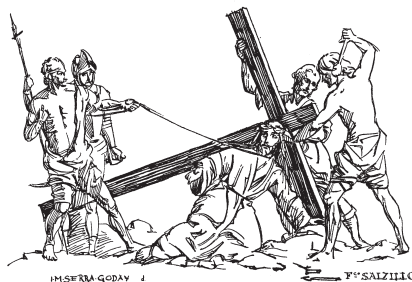
Desde el pasado Domingo de Ramos ya se produjo el desfilar de cruces de guías, nazarenos y pasos procesionales por la catedral, dejando estampas históricas. Algunas, las que pueden, entran en el interior del templo, y otras, las menos, sólo acceden al patio de los Naranjos. Todas con un mismo objetivo: mostrar

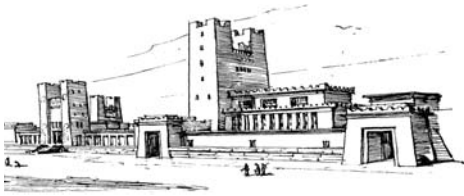
su deseo inequívoco de incorporar a sus recorridos el paso por el templo catedralicio. Para hacerlo posible se ha realizado un considerable esfuerzo en la diócesis, adaptando los horarios de los cortejos de cada hermandad. También el cabildo ha adaptado el inicio de las celebraciones litúrgicas de la iglesia madre. El obispo de Córdoba, monseñor Demetrio Fernández, en la carta semanal que dirige a sus diocesanos y que el Domingo de Ramos titulaba *Semana Santa, todos a la catedral*, consideró muy positiva esta iniciativa y recordó a los cofrades que «la catedral es su casa, la casa de la Iglesia, la casa de la comunidad cristiana».

En la misma línea se ha manifestado el delegado de Hermandades y Cofradías de la diócesis andaluza, el sacerdote Pedro Soldado, que en una entrevista concedida a *diocesisdecordoba.tv* ha puntualizado que no se trata de hacer política, sino de «reivindicar los derechos que tiene el colectivo de cordobeses que viven su fe integrados en las hermandades y cofradías». Una medida que, a tenor de la gran afluencia que han tenido las procesiones de estos días, ha sido muy bien acogida por los fieles y por todos los sectores de la sociedad cordobesa (Pablo Garzón/Alfa y omega).

Respondiendo a la llamada del Real Cabildo Superior de Cofradías, también en Murcia cerca de un millar de personas se congregaron frente al ayuntamiento el pasado mes de marzo al son de los tambores para defender las tradicionales procesiones de Semana Santa, expresión viva de la fe de un pueblo. La manifestación salía al paso de la moción presentada en el pleno municipal por el partido Cambiemos Murcia en la que se solicitaba que «no se promoverán, por parte del Ayuntamiento de Murcia, ritos ni celebraciones religiosas de ningún tipo, siendo todos los actos organizados por el consistorio exclusivamente de carácter civil».

El presidente del Cabildo Superior de Cofradías, Ramón Sánchez, explicó que dicha moción «atenta contra la libertad religiosa y el arraigo de nuestras cofradías y peculiar forma de celebrar la Semana Santa y afecta gravemente a la vida de las cofradías y a la manifestación de las procesiones, en cuanto que éstas constituyen una forma de religiosidad popular que forma parte del acervo cultural, patrimonial e intelectual de muchos murcianos; realidad que ignora la moción».





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Nuevo atentado islamista en Europa, esta vez en Bruselas

CON un aire que, por desgracia, empieza a ser familiar, los terroristas del Estado Islámico han vuelto a atacar en Europa, conmocionando nuevamente a la opinión pública occidental. Unos días después un atentado en la ciudad paquistaní de Lahore acababa con la vida de 72 cristianos que celebraban la Pascua, pero esta noticia ha quedado sepultada entre lo que nuestras sociedades han asumido como previsible y, hasta cierto punto, «aceptable», por un lado, y el silenciamiento de la identidad de las víctimas, por otro.

Esta vez ha sido en Bruselas, donde dos suicidas han hecho explotar sendas bombas en el aeropuerto y en una estación del metro, causando treinta y cuatro muertos y sumiendo la capital belga en el pánico. Se repetía el escenario que vivimos hace poco más de cuatro meses en París, aunque esta vez las manifestaciones de repulsa meramente cosméticas (eslóganes, velas, flores y demás llamadas a la no violencia) han resultado menos creíbles y han sido secundadas por menos personas, e incluso contestadas por quienes consideran que no es éste el modo de reaccionar a un ataque asesino como el perpetrado.

No repetiremos lo que escribimos aquí con motivo de los atentados de París, que en gran medida es aplicable a éste y a los atentados que, lamentablemente, es previsible que lleguen en el futuro. Señalaremos, eso sí, que estos atentados certifican el fracaso del modelo de integración y del islam supuestamente moderado de los que tan orgullosa se proclamaba Bélgica.

Lo cierto es que afrontamos un problema de suma gravedad, con auténticos territorios francos en Europa en los que los islamistas campan a sus anchas. Sólo en Francia hay 751 ZUS (zona urbana sensible) en los que viven cinco millones de musulmanes, verdaderos mini califatos, sociedades semiautónomas, auténtico semillero de yihadistas. Las generosas ayudas económicas que se vuelcan sobre estos territorios no sólo no desactivan este peligro, sino que incluso son aprovechadas por los islamistas para sus propios fines. Que uno de los responsables de los atentados de París haya vivido escondido en el barrio de Moleenbeck de Bruselas durante cuatro meses habla bien a las claras de una tupida red de complicidades islamista. Precisamente el hecho de su detención, que quebraba así el pacto no escrito de que los islamistas no atentaban allí a cambio

de tener en Bélgica su santuario (es el país del que han partido más personas hacia Siria para engrosar las filas del Estado Islámico), es un factor que ha podido ser clave en este atentado, más allá de la voluntad de los islamistas de causar dolor allí donde puedan.

Independientemente de los detalles de este atentado, es recomendable atender a lo que el propio Estado Islámico ha publicado como su gran estrategia para conquistar Europa y analizar cómo podemos enfrentarnos al mismo. Parte el programa islamista de la presencia musulmana en Europa y se centra en tres puntos. En primer lugar, la tercera generación de musulmanes nacidos y crecidos en los barrios europeos de mayoría musulmana, que son considerados como un vivero de reclutas por varios motivos. La primera generación consideraba superior a Occidente, la segunda aceptó las reglas de Occidente y priorizó su mejora social, la tercera, en cambio, da por descontado su estatus, ha accedido a una buena instrucción y son susceptibles de redescubrir su identidad islámica, que contemplan como un modo de afirmación y superioridad frente a su entorno. Los estrategas del ISIS dan por descontado que los jóvenes musulmanes de tercera generación viven en *ghettos* musulmanes y contemplan la cárcel, en la que muchos, tarde o temprano van a caer por pequeños delitos y droga, como el lugar en el que recuperarlos para la causa de la yihad.

En segundo lugar, se considera la experiencia de una guerra verdadera, la que se libra en Siria y el norte de Irak, como un ingrediente fundamental (lo fueron antes la guerra de Afganistán en los años ochenta, la guerra civil en Argelia en los noventa o los conflictos en Bosnia, el Cáucaso o Irak). No es de extrañar, pues, el afán por captar a jóvenes europeos que acuden a combatir a Oriente Medio y que luego regresan a sus países de origen, influyendo poderosamente en sus entornos, especialmente a través de las mezquitas que frecuentan.

Por último, en tercer lugar, los propios europeos. Los que se convierten al islam, ideales para infiltrarse sin levantar sospechas, y los que, europeos descreídos y temerosos, están dispuestos a cualquier concesión con tal de pactar un *modus vivendi* con un islam en Europa que ven como un hecho irremediable.

A esta estrategia, clara y meridiana, se le podría responder punto por punto: impidiendo el proceso de «guetización» impulsado por el multiculturalismo, controlando las actividades islamistas en la cárcel, im-

pidiendo el reclutamiento y, en caso de que se haya producido, el regreso de quienes han ido a combatir a Siria (o, al menos, deteniéndolos), clausurando las mezquitas que son focos de yihadismo y recuperando nuestra fe en nuestra civilización y en aquello en que se sustenta, que no es otra cosa que la fe cristiana, la que dio lugar a esa Cristiandad de cuyos restos aún vivimos. El programa para combatir el islamismo es, pues, también claro y meridiano, otra cuestión es que los laicistas regímenes políticos de la modernidad sean capaces de ponerlo en práctica.

Retrocede el Estado Islámico en Siria ante la ofensiva conjunta de sirios e iraquíes con el apoyo de Rusia y Estados Unidos

MIENTRAS Europa vive una de sus peores pesadillas, en Oriente Medio la situación está mejorando y el Estado Islámico está sufriendo importantes reveses en lo que ha constituido su base territorial, entre ellas la pérdida de la ciudad-símbolo de Palmira, famosa por sus ruinas, que el Ejército regular sirio ha reconquistado. Esta nueva situación se debe, en gran medida, a la colaboración, inédita hasta ahora, entre rusos y estadounidenses, coordinados en una ofensiva aérea que da cobertura tanto al Ejército sirio, protegido por Rusia, como al Ejército iraquí, apoyado por milicias chiíes, protegidos por los Estados Unidos, que estarían avanzando en dirección a Mosul, en la llanura de Nínive, la que se ha constituido en la capital del Estado Islámico desde hace dos años.

A estos avances se suma la muerte del número dos del ISIS en una acción estadounidense, completando un nuevo escenario que es probable que también haya influido en el desencadenamiento de los atentados de Bruselas. Se va configurando así un nuevo escenario en el que el Estado Islámico va perdiendo territorio y capacidad de actuación, lo que es una magnífica noticia para las castigadas comunidades cristianas de la re-

gión. Evidentemente esto no significa que los problemas en la zona vayan a resolverse. Sin ir más lejos, la participación de las milicias chiíes en la reconquista de la llanura de Nínive, si bien necesaria por la debilidad del ejército iraquí, supone un riesgo importante de que se eternice la guerra en una zona suní cuya población, incluso aquella no especialmente favorable al ISIS, ve con aprensión la llegada de conquistadores chiíes.

Lo que está sucediendo sobre el terreno es también una victoria para la estrategia seguida por Putin. Antes de que Rusia se involucrara en el conflicto, el régimen de Bashar al Assad estaba en una situación crítica, al borde del colapso, aislado y retrocediendo por doquier. La intervención rusa fue determinante para salvarlo, evitando que Estados Unidos impusiese un cambio de régimen y dando nuevos bríos al Ejército regular sirio. Ahora, cuando el ejército ruso se retira de Siria (aunque mantiene presencia militar en las bases que ha instalado en el país y continúa apoyando militarmente al Ejército sirio), lo hace con un al Assad recuperando cada día terreno y unos Estados Unidos a los que no ha quedado más remedio que aceptar que deben contar con él de cara al futuro de Siria y que el enemigo prioritario no era el régimen sirio, sino el Estado Islámico, acerca del cual finalmente la administración americana ha tenido que reconocer que está cometiendo un genocidio contra cristianos y yazidíes, después de que tanto el Parlamento Europeo como el mismo Congreso de los Estados Unidos se hubieran pronunciado en este sentido. De este modo, desde el pasado 27 de febrero, en que fue anunciada una tregua entre los aliados de Rusia y Estados Unidos para concentrar todos los esfuerzos bélicos sobre el ISIS y el Frente Al Nusra, los avances sobre el terreno han sido notables.

Evidentemente queda por solventar el futuro de Siria una vez neutralizados los grupos islamistas, pero esa más que probable crisis queda para un futuro que no parece muy lejano. Por el momento, se vislumbra una pequeña luz en medio de tanta oscuridad y sufrimiento provocadas por el odioso Estado Islámico.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Abril

Universal: Que los pequeños agricultores reciban una remuneración justa por su precioso trabajo.

Por la evangelización: Que los cristianos de África en medio de conflictos político-religiosos sepan dar testimonio de su amor y fe en Jesucristo.

Mayo

Universal: Para que en todos los países del mundo las mujeres sean honradas y respetadas y sea valorado su imprescindible aporte social.

Por la evangelización: Para que se difunda en las familias, comunidades y grupos, la práctica de rezar el santo Rosario por la evangelización y por la paz.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

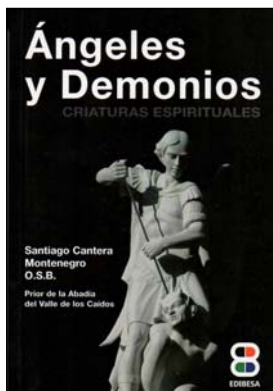
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:



Ángeles y demonios.

Autor: Cantera, Santiago

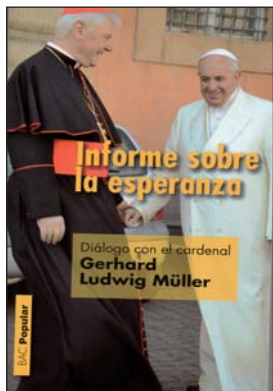
Editorial: EDIBESA

280 páginas

Precio: 13,50 €

¿Existen los ángeles? ¿Son un mito del pasado, del mundo judeocristiano y de otras religiones? ¿Hemos de pasar página sobre ellos? ¿O debemos tenerlos presentes en nuestra fe y en su vivencia? ¿Y cómo influyen los demonios sobre los hombres y sobre el mundo? ¿Qué es el satanismo y cómo actúan las sectas satánicas? En este libro se podrán encontrar respuestas a

estos y otros interrogantes. Parte de fundamentos teológicos seguros, pero trata de presentar la doctrina con claridad, para que resulte asequible al lector medio.



Informe sobre la esperanza. Diálogo con el cardenal Gerhard-Ludwig Müller

Autor: Müller, Gerhard-Ludwig

Editorial: BAC Popular

238 páginas

Precio: 14,00 €

El libro comienza tratando el tema del matrimonio y de la imposibilidad de que los divorciados vueltos a casar puedan acceder a la comunión. Los otros capítulos plantean las siguientes preguntas:

¿Qué podemos esperar de Cristo? ¿Qué podemos esperar de la Iglesia? ¿Qué podemos esperar de la sociedad? Los tres sirven para

expresar las preocupaciones, «los gozos y las esperanzas» del hombre contemporáneo y buscar respuestas en el magisterio de la Iglesia, sobre temas como el celibato sacerdotal, la homosexualidad y las ideologías que quieren anular la religión.



El discernimiento

Autor: Rupnik, Marko I.

Monte Carmelo

235 páginas

Precio: 18,00 €

Este libro afronta el discernimiento como el arte de la comunicación y comprensión recíproca entre Dios y el hombre y, desde este punto de vista, trata de desentrañar sus dinámicas. En esta clave se deben respetar dos fases del camino. Primero, la que lleva a un auténtico conocimiento de sí mismo en Dios y de Dios en la propia historia y una segunda etapa en la que el discernimiento

se convierte en un *habitus* pues su regla fundamental es el seguimiento de Cristo.



¿A dónde va la historia? Dilemas y esperanzas

Autor: Brague, Rémi

Editorial: Encuentro

140 páginas

Precio: 13,50 €

En este libro-entrevista Rémi Brague, realiza una interesante reflexión sobre cuál es el sentido de la historia para el hombre «posmoderno», que considera ingenuo todo intento de buscar en ella el reflejo de un significado o los motivos para una esperanza. Brague aborda en el libro cuestiones tan candentes como la posibilidad de diálogo con el islam y la convivencia entre las tres grandes religiones, la vocación histórica de Europa o la situación actual del hombre y su pervivencia ante los avances en el campo de la neurociencia.

CONTRAPORTADA

«Las llagas de Jesús resucitado son signo de su misericordia»

Queridos hermanos y hermanas, la misericordia nunca puede dejarnos tranquilos. Es el amor de Cristo que nos «inquieta» hasta que no hayamos alcanzado el objetivo; que nos empuja a abrazar y estrechar a nosotros, a involucrar, a quienes tienen necesidad de misericordia para permitir que todos sean reconciliados con el Padre (cf. 2 Cor 5,14-20). No debemos tener miedo, es un amor que nos alcanza y envuelve hasta el punto de ir más allá de nosotros mismos, para darnos la posibilidad de reconocer su rostro en los hermanos. Dejémonos guiar dócilmente por este amor y llegaremos a ser misericordiosos como el Padre.

Hemos escuchado el Evangelio, Tomás era un testarudo. No había creído. Y encontró la fe precisamente cuando tocó las llagas del Señor. Una fe que no es capaz de meterse en las llagas del Señor ¡no es fe! Una fe que no es capaz de ser misericordiosa, como son signo de misericordia las llagas del Señor, no es

fe: es una idea, ideología. Nuestra fe está encarnada en un Dios que se hizo carne, que se hizo pecado, ¡que ha sido llagado por nosotros! Pero si nosotros queremos creer en serio y tener fe, debemos acercarnos y tocar esa llaga, acariciar esa llaga

y también bajar la cabeza y dejar que otros acaricien nuestras llagas.

Y bien, entonces, que sea el Espíritu Santo quien guíe nuestros pasos: Él es el amor, él es la misericordia que se comunica a nuestros corazones. No pongamos obstáculos a su acción vivificante, sino sigámoslo dócilmente por los caminos que nos indica. Permanezcamos con el corazón abierto, para que el Espíritu pueda transformarlo; y así, perdonados, reconciliados, dentro de las llagas del Señor, lleguemos a ser testigos de la

alegría que brota del encuentro con el Señor Resucitado, vivo entre nosotros.

FRANCISCO: domingo 3 de abril de 2016.
Festividad de la Divina Misericordia



La incredulidad de santo Tomás
de Matthias Stomer (1600-1650)